



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXVIII

Abril (especial)

n.º 4

SUMARIO

El Papa Juan Pablo II ha muerto

Declaración del director de la Oficina de Prensa	317
Comunicado de Monseñor Quintero, Obispo de Ourense, por el fallecimiento del Papa	318
Comunicado del Obispado de Ourense	319
Homilía Funeral del Papa	320
Biografía de Su Santidad Juan Pablo II	323
Mensaje póstumo de Juan Pablo II para el Regina Coeli del domingo de la Divina Misericordia ..	328
Testamento de Juan Pablo II. 6.3.1979	329
Crónica del quinto viaje a España. 3 y 4 de mayo de 2003	334

Crónica de estos días

Juan Pablo II, un hombre libre	340
Juan Pablo II y los jóvenes	341
La relación del Papa Juan Pablo II con los jóvenes	343
Conferencia Episcopal Española. Condolencia de los obispos españoles	347
Mensaje tras la muerte del Papa Juan Pablo II	348
Homilía del funeral de Estado por Su Santidad Juan Pablo II	349

SANTA SEDE

Celebración Eucarística en sufragio de Su Santidad Juan Pablo II	354
Homilía en la Misa de Exequias por Juan Pablo II	356
Texto del «Rogito», acta en pergamino sobre la vida del Papa introducido en su ataud	359

CRÓNICA DIOCESANA	362
--------------------------------	-----

EL PAPA JUAN PABLO II, HA MUERTO**1978 – 2005****Declaración del Director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede,
Joaquín Navarro-Valls (*Sábado, 2 de abril de 2005*):**

«El Santo Padre ha muerto esta noche a las 21.37 horas en sus dependencias privadas. El procedimiento previsto por la constitución apostólica «Universi Dominici Gregis» promulgada por Juan Pablo II el 22 de febrero de 1996, se ha puesto en marcha».

Certificado médico de la muerte del Papa

Reproducimos el texto íntegro del certificado médico de la muerte del Papa:

«Certifico que Su Santidad Juan Pablo II (Karol Wojtyła), nacido en Wadowice Cracovia, Polonia) el 18 de mayo de 1920, residente en la Ciudad del Vaticano, ciudadano vaticano, ha fallecido a las 21,37 horas del día 2 de abril de 2005 en su apartamento del Palacio Apostólico Vaticano (Ciudad del Vaticano) por lo siguiente:

-Choque séptico

-Colapso cardiovascular irreversible, en una persona que padecía enfermedad de Parkinson, pasados episodios de insuficiencia respiratoria aguda y posterior traqueotomía, hipertrofia prostática benigna complicada por urosepsis (infección bacteriana de la sangre) y cardiopatía hipertensae isquémica.

La verificación de la muerte fue realizada mediante una electrocardio tanatografía que duró veinte minutos.

Declaro que las causas de la muerte, según mis conocimientos y conciencia, son las que he indicado.

El director de la Dirección de Sanidad e Higiene del Estado de la Ciudad del Vaticano, doctor Renato Buzzonetti».

Comunicado de Monseñor Quinteiro, Obispo de Ourense, por el fallecimiento del Papa

S.S. EL PAPA JUAN PABLO II HA MUERTO

Nuestro **Santo Padre, el Papa Juan Pablo II**, ha muerto. Es una hora de profunda tristeza para toda la Iglesia y para todos los hombres y mujeres de bien. Una tristeza que nos sume en el terrible dolor que siempre supone la partida de este mundo de un ser querido. Una tristeza que en su hondura existencial nos abre a la esperanza cristiana de una vida que no termina sino que se transforma. Por eso, al tiempo, que este hecho nos impone el silencio más respetuoso, nos abre a la ferviente oración por el eterno descanso de quién en esta vida luchó con todas sus fuerzas por abrir sendas de acceso a la infinita misericordia divina.

En esta hora de la partida de este mundo de nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, queremos, asimismo, dar gracias a Dios por el don maravilloso de su vida y de su ministerio apostólico en momentos singularmente decisivos de la historia. Su vida ha sido y seguirá siendo un modelo irrepetible para tantos jóvenes que buscan responder a la voluntad de Dios en medio de las dificultades de la vida. Son tantas y tantas las personas para las que el Santo Padre Juan Pablo II significa tanto que sólo la fe puede alumbrar la comprensión de esta empatía. Especialmente impagable para nuestro mundo ha sido en estos últimos años su mensaje desde el madero de su cruz.

Quiero unirme de un modo muy especial al dolor de todos los que en nuestra Diócesis lloramos la muerte de nuestro padre común y la partida de un hombre excepcional. Su ejemplo tiene que ayudarnos a afrontar con valentía los retos que él tuvo siempre presentes en su vida en este mundo. Hemos de continuar sin vacilaciones su lucha hasta el desfallecimiento por un mundo más fraterno, por la dignidad inviolable del ser humano, por romper todas las barreras del odio con el perdón y el diálogo, por construir una sociedad donde el ideal de la paz venza todo enfrentamiento egoísta e interesado.

No podemos olvidarnos en esta hora suprema que el Santo Padre Juan Pablo II puso enteramente su vida en las manos de Dios, sintiéndose criatura amadísima del Señor. Siempre nos dijo que el mayor enemigo del ser humano es el pecado y que el mayor grado de libertad humana se alcanza dejándose llevar por la gracia de Dios.

No olvidemos nunca aquellas sus primeras palabras como Papa recién elegido desde el balcón central de la Basílica de San Pedro : “*No tengáis miedo. Abrid vuestros corazones a Cristo*”.

Os pido con todo mi corazón a todos los diocesanos que nos sintamos profundamente unidos en el dolor por la muerte de nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, y que **elevemos oraciones al Señor por su alma.**

Ourense, 2 de abril de 2005

Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

COMUNICADO DEL OBISPADO DE OURENSE***ACTOS QUE SE CELEBRARÁN EN HONOR DE S.S. JUAN PABLO II (Q.E.P.D) EN LA DIÓCESIS DE OURENSE:***

1.- De Acuerdo con nuestro Excmo. Cabildo Catedral, se celebrarán en nuestro primer templo diocesano solemnes Exequias en sufragio por S.S. el Papa Juan Pablo II, el día 8, viernes, a las 20 horas.

A este acto, en el que se oficiará una misa de Pontifical, procurará asistir todo el clero secular y regular de la Ciudad, así como los demás sacerdotes de la Diócesis que buenamente puedan acudir. Se suprimen por ello, los cultos en las demás iglesias a estas horas.

Al mismo acto invitamos cordialmente a las dignísimas Autoridades provinciales y locales y demás corporaciones y organismos, y a todos nuestros diocesanos.

2.- Se ruega a los sacerdotes y fieles de nuestras parroquias que eleven súplicas, a la largo de esta semana, por el eterno descanso del Santo Padre, con el objetivo, también de preparar el solemne funeral del próximo viernes día 8 de abril.

3.- Donde sea posible, los señores Arciprestes organizarán con los respectivos párrocos, un solemne funeral en el templo que consideren más adecuado en cada arciprestazgo.

4.- Se ruega encarecidamente a todos los sacerdotes que apliquen, al menos, una Misa por el eterno descanso de Su Santidad.

ANTE LA ELECCIÓN DEL NUEVO PAPA

Celebrado el funeral por el Sumo Pontífice Juan Pablo II, se RUEGA:

1.- Que mientras permanezca vacante la Santa Sede, todos los sacerdotes, en la oración de los fieles de la Misa, eleven preces «*pro eligendo Summo Pontífice*».

2.- Que organicen en todas las iglesias algún acto especial por esta intención.

3.- Que recomienden a todos los fieles que, ofrezcan sus Eucaristías, oraciones y sacrificios, pidiendo al Señor por la elección del Sucesor de Pedro.

Ourense, 3 de abril de 2005

HOMILÍA FUNERAL DEL PAPA

S.I. Catedral – Basílica de San Martín
8 de abril de 2005

Queridos hermanos: ante todo mi gratitud profunda a todos los que habéis acudido a nuestra Catedral Basílica en esta tarde para unirnos en oración y recordar ante la infinita misericordia de Dios al Santo Padre Juan Pablo II de feliz memoria.

Toda la vida de Juan Pablo II ha sido un maravilloso testimonio de valentía y sufrimiento, pero sobre todo de fe y de esperanza. Sus veintiséis largos años como Pastor supremo de la Iglesia han marcado la historia de nuestro tiempo y dejan una huella imborrable en los corazones de millones de hombres y de mujeres que han experimentado la sensibilidad y la ternura de un hombre de Dios que ha conmovido al mundo. Entre nosotros, en nuestras familias y con las personas con las que compartimos nuestras tareas diarias, hemos tenido la ocasión de experimentar los conmovedores sentimientos de cariño que nuestros conciudadanos expresaban con una convicción que nos conmueve.

Bien sabemos que la vida continúa y que la dinámica diaria de nuestros quehaceres nos situará de nuevo ante el reto de superar nuestras divisiones. Pero lo que hemos vivido estos días nos ha acercado más a todos y el recuerdo de la vida y la experiencia de la muerte y del adiós de nuestro inolvidable Santo Padre Juan Pablo II han hecho aflorar entre nosotros y en el mundo entero sentimientos que dejan una huella imborrable en los corazones de miles de millones de personas.

En esta tarde nos sentimos profundamente unidos en la oración por el eterno descanso del Santo Padre Juan Pablo II. Su vida y su muerte, como tantos han repetido, han sido una gracia especial del amor de Dios para el mundo entero.

Es imposible en una ocasión como ésta hacer una mínima valoración de un Pontificado tan trascendental en toda la historia de la Iglesia. La herencia que nos deja el Santo Padre Juan Pablo II es un legado riquísimo de testimonios y mensajes.

En esta nuestra despedida diocesana quiero poner de relieve dos dimensiones de su espiritualidad que están llamadas a dejar profunda huella en la vida futura de la Iglesia.

Quiero referirme, en primer lugar, a la *profundísima devoción mariana* de Juan Pablo II. Una devoción mariana vivida desde su más tierna infancia en torno a los santuarios de su niñez y que culmina en la plena consagración de toda su vida a la Santísima Virgen. El «Totus Tuus» de su escudo pontificio es la expresión solemne de su más firme convicción: el camino hacia Jesucristo pasa por la íntima comunión con su Santísima Madre.

Juan Pablo II profesaba una fe inmovible en la protección de la Virgen María. Creía y sabía que Ella le guiaba en la vida como Madre Protectora. A Ella se encomendaba en los momentos más cruciales de su vida y a Ella le dedicó los acontecimientos más enternecedores de su Pontificado.

Una Diócesis tan esencialmente mariana como la nuestra tiene que manifestar una especial gratitud al Santo Padre, el Papa Juan Pablo II por su profunda vivencia de la piedad mariana.

Nuestra Diócesis de Ourense, entretejida de Santuarios Marianos y con una incomparable tradición de devoción a la Santísima Virgen, ha dado al mundo a muchos hombres y mujeres que, como Juan Pablo II, vivieron y propagaron de modo heroico la devoción mariana. Padres y madres de familia, intelectuales y personas comprometidas en la vida social, religiosos y misioneros, jóvenes y mayores, en fin, sacerdotes que con su devoción a María marcaron para siempre la historia de esta tierra y nos legaron un ejemplo que no podemos olvidar.

Juan Pablo II sabía, por haberlo comprobado en su propia vida, que no habrá verdaderos hogares cristianos si en ellos no se vive el amor a María, que la renovación cristiana de nuestra juventud es imposible sin la fuerza transformadora de la ternura de nuestra Madre del cielo, que los niños son los verdaderos predilectos de Jesús y de su Madre, que en la Iglesia no brotarán generosamente las vocaciones de especial consagración si la Virgen no anda por medio con su ejemplo y su ayuda.

A los cristianos de hoy nos urge acoger sin prejuicios y seguir con confianza este maravilloso ejemplo de la piedad mariana de Juan Pablo II.

Por todo ello, en un día tan singular como éste, a vosotros, mis queridos diocesanos, os quiero invitar con todas mis fuerzas a que retomemos el camino de la devoción a María como el verdadero camino de la renovación cristiana de nuestra Diócesis.

Otra dimensión de la espiritualidad de Juan Pablo II que me parece esencial en su existencia es su vivencia y proclamación del misterio inconcebible e insondable de la *miser cordia divina*. Un mensaje que a la luz de su testamento adquiere un relieve y una fuerza de enorme intensidad.

Una de las realidades que le preocuparon profundamente al Santo Padre Juan Pablo II eran los miedos de la persona humana de nuestros tiempos. Su Pontificado se inició con aquellas palabras que, ya entonces, hicieron volver lo ojos de todos a aquel Papa desconocido para el mundo «No tengáis miedo. Poned vuestros corazones en Jesucristo».

Él sabía bien donde estaba la raíz de esos miedos y lo expresó con meridiana claridad: «Todo esto se desarrolla sobre el fondo de un gigantesco remordimiento constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos ni grupos sociales que sufren el hambre y la necesidad. No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia y de subdesarrollo». (Dives in misericordia, 11).

Hasta qué punto el Santo Padre Juan Pablo II vivió las tensiones de nuestro tiempo, lo refleja ejemplarmente su historia personal. En su testamento, escrito a lo largo de los años con ocasión de sus Ejercicios Espirituales, nos dejó escrito en el año mil novecientos ochenta: «Los tiempos, en los que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos».

El Santo Padre Juan Pablo II compartió con los hombres de nuestro tiempo el profundo y ardiente deseo de una vida justa. Pero no dejó de advertir que frecuentemente los programas que parten de la idea de justicia y que deben de servir para ponerla en práctica en la convivencia de los hombres, en la práctica sufren deformaciones. La experiencia demuestra que otras fuerzas negativas, como son el rencor, el odio e incluso la crueldad han tomado la delantera a la justicia. En tal caso el ansia de aniquilar al enemigo, de limitar su libertad y hasta de imponerle una dependencia total, se convierten en el motivo fundamental de la acción. Esto atestigua, según Juan Pablo II, hasta qué punto la acción humana puede alejarse de la misma justicia, por más que se ha emprendido en su nombre.

El Santo Padre era, por todo lo dicho, muy consciente de que el ideal de la justicia necesita del amor para su concreción real. El orden de la justicia y el orden del amor caminan inseparablemente unidos, como pensaba San Agustín.

«Nadie -nos ha dejado dicho el Santo Padre-, he experimentado como la Madre del Crucificado el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el beso dado por la misericordia a la justicia. Nadie como ella, María, ha acogido este misterio». (Dives in misericordia, 9).

En el testamento del Santo Padre, al recordar el día del atentado al Papa durante la audiencia general del 13 de mayo de 1981, tan ligado en su conciencia a la protección de María, nos dice: «Espero que hasta que me sea dado cumplir el servicio Petriano en la Iglesia, la Misericordia de Dios quiera prestarme las fuerzas necesarias para este servicio».

Para el Santo Padre la Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia -el atributo más estupendo de Dios- y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador.

Esta convicción está permanentemente presente en Magisterio de Juan Pablo II, pero tendremos que esperar hasta el año 2002 para recibir esta convicción en forma de testamento en la homilía que pronunció en la misa y dedicación del Santuario de la Divina Misericordia, en Cracovia - Lagiewniki el dieciséis de agosto de ese año. En aquella ocasión nos dice que con santa Faustina Kowalska quiere profesar que fuera de la misericordia de Dios, no existe otra fuente de esperanza para el hombre. Desde su tierra natal proclama al mundo entero que es preciso que la invocación de la misericordia de Dios brote de lo más íntimo de los corazones llenos de sufrimiento, de temor e incertidumbre, pero, al mismo tiempo, en busca de una fuente infalible de esperanza. Y allí nos pidió a todos los hombres y mujeres de nuestro mundo: «Sed testigos de la misericordia».

Seámoslo, pues, también nosotros en esta tierra y en nuestra Diócesis.

Que la Madre de la misericordia deposite en el regazo del Padre Eterno al Papa Juan Pablo II y a nosotros nos acompañe en el camino del amor y de la paz.

Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

BIOGRAFÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Karol Józef Wojtyła, conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 kms. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el segundo de los dos hijos de Karol Wojty_a y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941.

A los 9 años hizo la Primera Comunión, y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela *Marcin Wadowita* de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (*Solvay*), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del «Teatro Rapsódico», también clandestino.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el Cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin una tesis titulada «Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler». Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por Pío XII Obispo Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia), de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-65), con una contribución importante en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, el Cardenal Wojty_a tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los Obispos.

Desde el comienzo de su pontificado, el 16 de octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II ha realizado **104 viajes pastorales fuera de Italia**, y **146 por el interior de este**

país. Además, como Obispo de Roma ha visitado **317** de las 333 **parroquias romanas**.

Entre sus documentos principales se incluyen: **14 Encíclicas, 15 Exhortaciones apostólicas, 11 Constituciones apostólicas y 45 Cartas apostólicas**. El Papa también ha publicado **cinco libros**: «Cruzando el umbral de la esperanza» (octubre de 1994); «Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal» (noviembre de 1996); «Tríptico romano - Meditaciones», libro de poesías (Marzo de 2003); «¡Levantaos! ¡Vamos!» (mayo de 2004) y «Memoria y identidad» (su publicación está prevista para la primavera de 2005).

Juan Pablo II ha presidido **147 ceremonias de beatificación** -en las que ha proclamado **1338 beatos**- y **51 canonizaciones**, con un total de **482 santos**. Ha celebrado **9 consistorios**, durante los cuales ha creado **231 (+ 1 *in pectore*) Cardenales**. También ha presidido **6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio**.

Desde 1978 hasta hoy, el Santo Padre ha presidido **15 Asambleas del Sínodo de los Obispos**: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), 1 general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2] y 1999).

Ningún otro Papa se ha encontrado con tantas personas como Juan Pablo II: en cifras, más de **17.600.100 peregrinos** han participado en las más de 1160 **Audiencias Generales que se celebran los miércoles**. Ese número no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas [más de 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000] y los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se ha entrevistado durante las **38 visitas oficiales** y las **738 audiencias o encuentros con jefes de Estado y 246 audiencias y encuentros con Primeros Ministros**.

Documentos Publicados

LAS CATORCE ENCÍCLICAS

Redemptor Hominis (4 de marzo de 1979)

(Jesucristo, Redentor del hombre)

Dives in Misericordia (30 de noviembre de 1980)

(La misericordia de Dios Padre)

Laborem Exercens (14 de septiembre de 1981)

(Sentido cristiano del trabajo)

Slavorum Apostoli (2 de junio de 1985)

(San Cirilo y San Metodio, apóstoles de los pueblos eslavos y copatronos de Europa)

Dominum et Vivificantem (18 de mayo de 1986)

(Don y misión del Espíritu Santo)

Redemptoris Mater (25 de marzo de 1987)

(La Virgen María)

- Sollicitudo Rei Socialis* (30 de diciembre de 1987)
(La doctrina social de la Iglesia)
- Redemptoris Missio* (7 de diciembre de 1990)
(La dimensión misionera de la Iglesia)
- Centesimus Annus* (1 de mayo de 1991)
(Cien años de la primera encíclica sobre la cuestión social)
- Veritatis Splendor* (6 de agosto de 1993)
(Moral Fundamental)
- Evangelium Vitae* (25 de marzo de 1995)
(Teología y Moral familiar y de la vida)
- Ut Unum Sint* (25 de mayo de 1995)
(La unidad de los cristianos)
- Fides et Ratio* (14 de septiembre de 1998)
(La relación entre fe y razón)
- Ecclesia de Eucharistia* (17 de abril de 2003)
(La Eucaristía en su relación con la Iglesia)

OTROS DOCUMENTOS

11 CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS, entre ellas:

- Sapientia Christiana* (15 de abril de 1979)
Sobre la educación católica
- Sacrae Disciplinae Leges* (25 de enero de 1983)
Para la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico
- Pastor Bonus* (28 de junio de 1988)
Sobre la reforma de la Curia Romana
- Fidei Depositum* (11 de octubre de 1992)
Para la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica
- Universi Dominici Gregis* (22 de febrero de 1996)
Sobre la reforma del Cónclave

15 EXHORTACIONES APOSTÓLICAS, entre ellas:

Diez tras las celebraciones de sus correspondientes Asambleas del Sínodo de los Obispos.

Otras Exhortaciones Apostólicas de Juan Pablo II son:

- Redemptionis Donum* (25 de marzo de 1984)
La consagración religiosa, don de la redención
- Redemptoris Custos* (15 de agosto de 1989)
Sobre San José, esposo de la Virgen María
- Ecclesia in Europa* (28 de junio de 2003)
Sobre el cristianismo como esperanza para Europa
- Pastores Gregis* (16 de octubre de 2003)
Sobre el ministerio de los obispos

45 CARTAS APOSTÓLICAS, entre ellas:*Salvifici Doloris* (11 de febrero de 1984)

Sobre el sentido salvador del dolor y la enfermedad

Mulieris Dignitatem (15 de agosto de 1988)

Sobre la dignidad de la mujer en la iglesia y en la sociedad

Carta Apostólica con ocasión del 50 aniversario del comienzo de la II Guerra Mundial (27 de agosto de 1989)*Carta Apostólica con ocasión del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo* (29 de junio de 1990)*Ordinatio Sacerdotalis* (22 de mayo de 1994)

Sobre la ordenación sacerdotal reservada sólo a varones

Tertio Millennio Adveniente (10 de noviembre de 1994)

Para la preparación del Gran Jubileo del Año Santo 2000

Oriente Lumen (2 de mayo de 1995)

Sobre las Iglesias Orientales

Apostolos Suos (21 de mayo de 1998)

Sobre la naturaleza de las Conferencias Episcopales

Dies Domini (31 de mayo de 1998)

Sobre el sentido cristiano y religioso del domingo, el día del Señor

Novo Millennio Ineunte (6 de enero de 2001)

En la conclusión del Gran Jubileo del Año Santo 2000 y como orientaciones para la Iglesia en el alba del tercer milenio

Misericordia Dei (2 de mayo de 2002)

Sobre el sacramento de la reconciliación

Rosarium Virginis Mariae (16 de octubre de 2002)

Sobre el Santo Rosario

Spiritus et Sponsa: en el XL aniversario de la constitución «Sacrosanctum Concilium» (4 de diciembre 2003)

Sobre la Sagrada Liturgia

Mane nobiscum Domine (7 de octubre de 2004)

Dirigida al Episcopado, al Clero y a los fieles para el Año de la Eucaristía

El rápido desarrollo (24 de octubre de 2004)

Dirigida a los Responsables de las Comunicaciones Sociales

18 MOTU PROPIO, entre ellos:*Ad Tuendam Fidem* (18 de mayo de 1998)

Para defender la fe en la Iglesia Católica

Apostolos Suos (21 de mayo de 1998)

Sobre la naturaleza de las Conferencias Episcopales

Proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Teresita de Lisieux y Santa Teresa Benedicta de la Cruz como Copatronas de Europa (1 de octubre de 1999)

Proclamación de santo Tomás Moro como Patrono de los Gobernantes y de los Políticos (31 de octubre de 2000)

Sacramentorum sanctitatis tutela (10 de enero de 2002)

Sobre sobre la santidad de los sacramentos

Misericordia Dei (2 de mayo de 2002)

Sobre el sacramento de la reconciliación

Cuidado y gestión del Instituto Pontificio «Notre Dame Center» (26 de 2004)

Con la que se confía el cuidado y la gestión de este Instituto Pontificio a la Congregación de los Legionarios de Cristo

BIBLIOGRAFÍA

ALGUNOS LIBROS DE JUAN PABLO II PUBLICADOS EN ESPAÑOL

- **Amor y responsabilidad**, Razón y Fe, 1977
- **Signo de contradicción**, BAC, 1978
- **Juan Pablo II y el hombre**, BAC, 1979
- **La fe en San Juan de la Cruz** (Tesis doctoral), BAC, 1979
- **El taller del orfebre** (Teatro), BAC, 1980
- **Ejercicios Espirituales para jóvenes**, BAC, 1982
- **Las oraciones de Juan Pablo II**, San Pablo, 1982
- **No tengáis miedo**, entrevista de André Frossard, Plaza y Janes, 1982
- **Juan Pablo II en España 1982**, varios autores, BAC, 1982
- **Persona y acción**, BAC, 1982
- **La hora de Dios** (Juan Pablo II en España 1993), BAC, 1993
- **Poesías de Karol Wojtyla**, BAC, 1993
- **Cruzando el umbral de la esperanza**, entrevista con Vittorio Messori, Plaza y Janes, 1994.
- **Mi decálogo para el tercer milenio**, PPC, 1994
- **Queridísimos jóvenes**, PPC, 1995
- **Don y misterio**, BAC, 1996
- **Juan Pablo II: Cincuenta palabras para el próximo milenio**, Edición de Saverio Gatea, Mondadori, 1998
- **«¡Levantaos! ¡Vamos!»**, Plaza & Janés, 2004
- **«Memoria e identidad»**, La Esfera de los Libros, 2005

MENSAJE PÓSTUMO DE JUAN PABLO II PARA EL REGINA COELI DEL DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Mensaje que Juan Pablo II había preparado para que fuera leído con motivo de la oración mariana del «Regina Caeli» en este Domingo de la Misericordia, Leído tras la misa en sufragio del Santo Padre en la plaza de San Pedro del Vaticano

Fue leído «con tanto honor y tanta nostalgia», «por explícita indicación» del Santo Padre, como él mismo dijo, por el arzobispo Leonardo Sandri, sustituto de la Secretaría de Estado, tras la celebración eucarística en sufragio por Juan Pablo II presidida por el cardenal Angelo Sodano.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Resuena también hoy el gozoso Aleluya de Pascua. La página del Evangelio de hoy de Juan subraya que el Resucitado, la noche de ese día, se apareció a los apóstoles y «les mostró las manos y el costado» (Juan 20, 20), es decir, los signos de la dolorosa pasión impresos de manera indeleble en su cuerpo también después de la resurrección. Aquellas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios que «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Juan 3, 16).

Este misterio de amor está en el corazón de la liturgia de hoy, domingo «in Albis», dedicado al culto de la Divina Misericordia.

2. A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

3. La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!

TESTAMENTO DE JUAN PABLO II. 6.3.1979**TOTUS TUUS EGO SUM**

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

“Velad, porque no sabéis el día en que vendrá nuestro Señor” (cf. Mt 24, 42)- estas palabras me recuerdan la última llamada, que tendrá lugar en el momento en que el Señor así lo quiera. Deseo seguirlo y deseo que todo aquello que hace parte de mi vida terrena me prepare para este momento. No sé cuando sucederá, pero como todo, también en este momento me pongo en las manos de la Madre de mi Maestro: Totus Tuus. En las mismas manos maternas dejo todo y Todos aquellos con los que me ha relacionado mi vida y mi vocación. En estas Manos dejo sobretodo a la Iglesia, y también a mi Nación y a toda la humanidad. Agradezco a todos. A todos pido perdón. Pido también la oración, para que la Misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad e indignidad.

Durante los ejercicios espirituales he releído el testamento del Santo Padre Pablo VI. Esta lectura me ha impulsado a escribir el presente testamento.

No dejo tras de mí alguna propiedad de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano que me servían, pide que sean distribuidas como sea oportuno. Los apuntes personales sean quemados. Pido que por esto vigile don Stanislao, a quien agradezco por su colaboración y la ayuda tan prolongada por los años y tan comprensiva. Todos los otros agradecimientos, en cambio, los dejo en el corazón delante de Dios mismo, porque es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones, que dio el Santo Padre Pablo VI (el sepulcro en la tierra, no en un sarcófago).

“apud Dominum misericordia et copiosa apud Eum redemptio”

Roma, 6.III.1979

Después de la muerte pido la Santa Misa y oraciones

5.III.1990

Hoja sin fecha:

Expreso la más profunda confianza en que, no obstante mi debilidad, el Señor me concederá cada gracia necesaria para afrontar según Su voluntad cualquier tarea, prueba y sufrimiento que quiera requerir de Su siervo, en el curso de la vida. Tengo también confianza que no permitirá jamás que, mediante alguna aproximación mía: palabras, obras u omisiones, pueda traicionar mis obligaciones en esta santa Sede Petrina.

24.II- I.III.1980

También durante estos ejercicios espirituales he reflexionado sobre la verdad del Sacerdocio de Cristo en la perspectiva de aquel Tránsito que para cada uno de nosotros es el momento de nuestra muerte. De la despedida de este mundo- para nacer a otro, al mundo futuro, signo elocuente (decisivo) es para nosotros la Resurrección de Cristo.

He leído entonces el registro de mi testamento del último año, hecha también durante los ejercicios espirituales- la he comparado con el testamento de mi grande Predecesor y Padre Paolo VI, con aquel sublime testimonio sobre la muerte de un cristiano y de un Papa- y he renovado en mí la conciencia de las cuestiones, a las cuales se refiere la registro del 6.III.1979 preparada por mi (en modo sobretodo provisorio).

Hoy deseo agregar a esta solo esto, que cada uno debe tener presente la perspectiva de la muerte. Y debe estar listo para presentarse delante del Señor y del Juez- y contemporáneamente Redentor y Padre. Entonces yo también tomo en consideración esto continuamente, confiando aquel momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia- a la Madre de mi esperanza.

Los tiempos, en los que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos. Difícil y dura se ha tornado también el camino de la Iglesia, prueba característica de estos tiempos- tanto para los Fieles, como para los Pastores. En algunos Países (como por ejemplo en aquel sobre el que he leído durante los ejercicios espirituales), la Iglesia se encuentra en un periodo de persecución tal, que no es inferior a aquellos de los primeros siglos, es más, los supera por el grado de falta de piedad y odio. Sanguis martyrum- semen christianorum. Y además de esto- tantas personas desaparecen inocentemente, también es este País en el que vivimos...

Deseo aún una vez más confiarme totalmente a la gracia del Señor. Él mismo decidirá cuando y como debo terminar mi vida terrena y el ministerio pastoral. En la vida y en la muerte Totus tuus mediante la Inmaculada. Aceptando desde ahora esta muerte, espero que el Cristo me de la gracia para el último pasaje, es decir (mi) Pascua. Espero también que la haga útil para esta causa más importante que busco servir: la salvación de los hombres, la salvaguardia de la familia humana, y en ella de todas las naciones y los pueblos (entre ellos me dirijo también en modo particular a mi Patria terrena), útil para las personas que en modo particular me ha confiado, por la cuestión de la Iglesia, para la gloria del mismo Dios.

No deseo agregar nada a aquello escrito un año atrás- sólo expresar este estar listo y con confianza, a la cual los presentes ejercicios espirituales de nuevo me han dispuesto.

Juan Pablo II - Totus Tuus ego sum

5.III.1982

En el curso de los ejercicios espirituales de este año he leído (más veces) el texto del testamento del 6.III.1979. No obstante que aún lo considero provisorio (no definitivo), lo dejo en la forma en que existe. No cambio (por ahora) nada, y tampoco agrego, en lo que se refiere a las disposiciones contenidas en él.

El atentado contra mi vida el 13.V.1981 en algún motivo ha confirmado la exactitud de las palabras escritas en el periodo de los ejercicios espirituales de 1980 (24.II- 1.III).

Aún más profundamente siento que me encuentro totalmente en las Manos de Dios- y permanezco continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a Él en Su Inmaculada Madre (Totus Tuus).

Juan Pablo II

5.III.82

En relación con la última frase de mi testamento del 6.III.1979 (“sobre el lugar, el lugar del funeral, decida el colegio Cardenalicio y los Connacionales)- aclaro que tengo en mente: el de Cracovia o el Consejo General del Episcopado de Polonia- al Colegio Cardenalicio pido en tanto de satisfacer en cuanto sea posible las eventuales preguntas de los nombrados arriba.

1.III.1985 (en el curso de los ejercicios espirituales)

Todavía- en lo que se refiere la expresión “Colegio Cardenalicio y los Connacionales”: el “Colegio Cardenalicio” no tiene ninguna obligación de interpelar sobre este argumento “los Connacionales; sin embargo puede hacerlo, si por algún motivo lo considere justo.

JP II

Los ejercicios espirituales del año jubilar 2000

(12-18.III)

(para el testamento)

1. Cuando el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el Primado de Polonia Card. Stefan Wyszynski me dijo: “La tarea del nuevo Papa será la de introducir a la Iglesia en el Tercer Milenio”. No sé si repito exactamente la frase, pero por lo menos ese era el sentido de aquello que entonces escuché. Lo dijo el Hombre que ha pasado a la historia como Primado del Milenio. Un gran Primado. He sido testimonio de su misión, de Su total confianza. De Sus luchas: de Su victoria. “La victoria, cuando suceda, será una victoria mediante María”- estas palabras de su Predecesor, el card. August Hlond, solía repetir el Primado del Milenio.

En este modo he estado preparado en algún modo para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se ha presentado a mí. En el momento en que escribo estas palabras, el Año Jubilar del 2000 es ya una realidad en acto. La noche del 24 de diciembre de 1999 fue abierta la simbólica Puera del Gran Jubileo en la Basílica de San Pedro, seguidamente aquella de San Juan de Letrán, después de Santa María la Mayor- en año nuevo, y el día 19 de enero la Puerta de la Basílica de San Pablo Extramuros. Este último hecho, dado su carácter ecuménico, ha quedado impreso en la memoria en modo muy particular.

2. En la media en que el Año Jubilar 2000 va adelante, de día en día se cierra tras de nosotros el Siglo XX y se abre el Siglo veintuno. Según los designios de la Providencia me ha sido concedido vivir en el difícil siglo que está yendo al pasado,

y ahora en el año en el que la edad de mi vida alcanza los ochenta años (“octogesima adveniens”), es necesario preguntarse si no es tiempo de repetir con el bíblico Simeón “Nunc dimittis”.

El día 13 de mayo de 1981, el día del atentado al Papa durante la audiencia general en Plaza San Pedro, la Divina Providencia me ha salvado en un modo milagroso de la muerte. Aquél que es único Señor de la vida y de la muerte Él mismo me ha prolongado esta vida, en un cierto modo me la ha donado nuevamente. Desde este momento mi vida pertenece aún más a Él. Espero que Él me ayudará a reconocer hasta cuando debo continuar este servicio, al cual me ha llamado el día 16 de octubre de 1978. Le pido de querer llamarme cuando Él mismo lo quiera. “En la vida y en la muerte pertenecemos al Señor... somos del Señor” (cf. Rm 14, 8). Espero también que hasta que me sea donado cumplir el servicio Petrino en la Iglesia, la Misericordia de Dios quiera prestarme las fuerzas necesarias para este servicio.

3. Como cada año durante los ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6.III.1979. Continuo manteniendo las disposiciones contenidas en él. Aquello que entonces, y también durante los sucesivos ejercicios espirituales fue agregado constituye un reflejo de la difícil y dura situación general, que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989 esta situación ha cambiado. El último decenio del siglo pasado ha estado libre de las precedentes tensiones; esto no significa que no haya portado consigo nuevos problemas y dificultades. En modo particular sea alabada la Providencia Divina por esto, que el periodo de la así llamada “guerra fría” ha terminado sin el violento conflicto nuclear, cuyo peligro pesaba sobre el mundo en el periodo precedente.

4. Estando en el umbral del tercer milenio “in medio Ecclesiae”, deseo aún una vez más expresar gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, al que junto con la entera Iglesia- y sobretodo con el entero episcopado- me siento deudor. Estoy convencido que aún por largo tiempo será dado a las nuevas generaciones descubrir las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha dejado. Como obispo que ha participado al evento conciliar desde el primer hasta el último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán los futuros llamados a realizarlo. Por mi parte agradezco al eterno Pastor que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado.

“In medio Ecclesiae”... desde los primeros años del servicio episcopal- resalto que gracias al Concilio- me fue dado experimentar la fraterna comunión del Episcopado. Como sacerdote de la Arquidiócesis de Cracovia había experimentado que cosa fuese la fraterna comunión del presbiterio- el Concilio ha abierto una nueva dimensión de esta experiencia.

5. ¡Cuántas personas debería nombrar! Probablemente el Señor Dios ha llamado a Sí la mayoría de ellas- en cuanto a aquellos que aún se encuentran en esta parte, las palabras de este testamento las recuerden, todos y por todas partes, donde sea que se encuentren.

En el curso de más de veinte años en los que realizo el servicio Petrino “in medio Ecclesiae” he experimentado la benévola y como nunca fecunda colaboración de tantos Cardenales, Arzobispos y Obispos, tantos sacerdotes, también personas consagradas- Hermanos y Hermanas- en fin tantísimas personas laicas, en el ambiente curial, en el Vicariato de la Diócesis de Roma, así como fuera de estos ambientes.

¡Como no abrazar con grata memoria a todos los Episcopados del mundo, con los cuales me he encontrado en el sucederse de las visitas “ad limina Apostolorum”! ¡Cómo no recordar también a tantos Hermanos cristianos- no católicos! ¡Y al rabino de Roma y así numerosos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a cuantos representan en el mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

6. En la medida en que se acerca el límite de mi vida terrena regreso con la memoria al inicio, a mis Padres, al Hermano y a la Hermana (que no he conocido, porque murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde he sido bautizado, a aquella ciudad de mi amor, a los coetáneos, compañeros y compañeras de la escuela elemental, del gimnasio, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y en seguida a la parroquia de Niegowie, a aquella Cracoviana de San Floriano, a la pastoral de los académicos, al ambiente... a todos los ambientes... a Cracovia y a Roma... a las personas que en modo especial me han sido confiadas en el Señor.

A todos quiero decir una sola cosa: “Dios os recompense”
“In manus Tuas, Domine, commendo spiritum meum”

QUINTO VIAJE A ESPAÑA. 3 Y 4 DE MAYO DE 2003

(Ofrecemos aquí, a modo de recuerdo y testamento para España, las intervenciones del Santo Padre en su última visita Apostólica a España)

PALABRAS DE JUAN PABLO II A LOS JÓVENES EN EL AERÓDROMO DE CUATRO VIENTOS

SALUDO INICIAL

1. ¡Os saludo con cariño, jóvenes de Madrid y de España! Muchos de vosotros habéis venido de lejos, desde todas las diócesis y regiones del País. Estoy profundamente emocionado por vuestra calurosa y cordial acogida. Os confieso que deseaba mucho este encuentro con vosotros.

Os saludo y os repito las mismas palabras que dirigí a los jóvenes en el estadio Santiago Bernabéu, durante mi primera visita a España, hace ya más de veinte años: “Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de la sociedad (...) Sigo creyendo en los jóvenes, en vosotros” (3 noviembre 1982, n. 1).

Os abrazo con gran afecto, y junto con vosotros saludo también a los Obispos, sacerdotes y demás colaboradores pastorales que os acompañan en vuestro camino de fe.

Agradezco la presencia de Sus Altezas Reales, el Príncipe de Asturias y los Duques de Palma, así como de las Autoridades del Gobierno español.

Quiero agradecer también las amables palabras de bienvenida que, en nombre de todos los presentes, me han dirigido Mons. Braulio Rodríguez, Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y los jóvenes Margarita y José. Saludo también a Mons. Manuel Estepa, Arzobispo Castrense, y a las Autoridades Militares que nos acogen en esta Base Aérea.

2. Queridos jóvenes, en vuestra existencia ha de brillar la gracia de Dios, la misma que resplandeció en María, la llena de gracia.

Con gran acierto habéis querido en esta vigilia meditar los misterios del Rosario llevando a la práctica la antigua máxima espiritual: «A Jesús por María». Ciertamente, en el Rosario aprendemos de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Al comenzar esta oración, por lo tanto, dirijamos la mirada a la Madre del Señor, y pidámosle que nos guíe hasta su Hijo Jesús:

“Reina del cielo, ¡alégrate!

Porque Aquél, a quien mereciste llevar en tu seno,
¡ha resucitado! ¡Aleluya!”.

DISCURSO

1. Conducidos de la mano de la Virgen María y acompañados por el ejemplo y la intercesión de los nuevos Santos, hemos recorrido en la oración diversos momentos de la vida de Jesús.

El Rosario, en efecto, en su sencillez y profundidad, es un verdadero compendio del Evangelio y conduce al corazón mismo del mensaje cristiano: “Tanto amó Dios al mundo que dió a su Hijo único, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

María, además de ser la Madre cercana, discreta y comprensiva, es la mejor Maestra para llegar al conocimiento de la verdad a través de la contemplación. El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. ¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? Lamentablemente, conocemos muy bien la respuesta. Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad.

2. Queridos jóvenes, os invito a formar parte de la “Escuela de la Virgen María”. Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a no separar nunca la acción de la contemplación, así contribuiréis mejor a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas, no encerrada en sí misma sino abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos de la tierra; una Europa consciente de estar llamada a ser faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos.

3. Amados jóvenes, sabéis bien cuánto me preocupa la paz en el mundo. La espiral de la violencia, el terrorismo y la guerra provoca, todavía en nuestros días, odio y muerte. La paz - lo sabemos - es ante todo un don de lo Alto que debemos pedir con insistencia y que, además, debemos construir entre todos mediante una profunda conversión interior. Por eso, hoy quiero comprometeros a ser operadores y artífices de paz. Responded a la violencia ciega y al odio inhumano con el poder fascinante del amor. Venced la enemistad con la fuerza del perdón. Manteneos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestra vida que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo. Sólo así, viviendo la experiencia del amor de Dios e irradiando la fraternidad evangélica, podréis ser los constructores de un mundo mejor, auténticos hombres y mujeres pacíficos y pacificadores.

4. Mañana tendré la dicha de proclamar cinco nuevos santos, hijos e hijas de esta noble Nación y de esta Iglesia. Ellos “fueron jóvenes como vosotros, llenos de energía, ilusión y ganas de vivir. El encuentro con Cristo transformó sus vidas (...) Por eso, fueron capaces de arrastrar a otros jóvenes, amigos suyos, y de crear obras

de oración, evangelización y caridad que aún perduran” (*Mensaje de los Obispos españoles con ocasión del viaje del Santo Padre, 4*).

Queridos jóvenes, ¡id con confianza al encuentro de Jesús! y, como los nuevos santos, ¡no tengáis miedo de hablar de Él! pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino. Es preciso que vosotros jóvenes os convirtáis en apóstoles de vuestros coetáneos. Sé muy bien que esto no es fácil. Muchas veces tendréis la tentación de decir como el profeta Jeremías: “¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho” (Jr 1,6). No os desaniméis, porque no estáis solos: el Señor nunca dejará de acompañaros, con su gracia y el don de su Espíritu.

5. Esta presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es una tarea de todos. En ella los laicos tienen un papel protagonista, especialmente los matrimonios y las familias cristianas; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: “¡Sígueme!” (Mc 2,14; Lc 5,27), no la acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida.

Os doy mi testimonio: yo fui ordenado sacerdote cuando tenía 26 años. Desde entonces han pasado 56. Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!

6. Al concluir mis palabras quiero invocar a María, la estrella luminosa que anuncia el despuntar del Sol que nace de lo Alto, Jesucristo:

*¡Dios te salve, María, llena de gracia!
Esta noche te pido por los jóvenes de España,
jóvenes llenos de sueños y esperanzas.
Ellos son los centinelas del mañana,
el pueblo de las bienaventuranzas;
son la esperanza viva de la Iglesia y del Papa.
Santa María, Madre de los jóvenes,
intercede para que sean testigos de Cristo Resucitado,
apóstoles humildes y valientes del tercer milenio,
heraldos generosos del Evangelio.
Santa María, Virgen Inmaculada,
reza con nosotros,
reza por nosotros. Amén.*

HOMILÍA DEL PAPA JUAN PABLO II EN LA CEREMONIA DE LA PLAZA DE COLÓN

Domingo, 4 de mayo de 2003

1. “Sed testigos de mi resurrección” (cf. Lc 24, 46-48), Jesús dice a sus Apóstoles en el relato del Evangelio apenas proclamado. Misión difícil y exigente, confiada a hombres que aún no se atreven a mostrarse en público por miedo de ser reconocidos como discípulos del Nazareno. No obstante, la primera lectura nos ha presentado a Pedro que, una vez recibido el Espíritu Santo en Pentecostés, tiene la valentía de proclamar ante el pueblo la resurrección de Jesús y exhortar al arrepentimiento y a la conversión.

Desde entonces la Iglesia, con la fuerza del Espíritu Santo, sigue proclamando esta noticia extraordinaria a todos los hombres de todos los tiempos. Y el sucesor de Pedro, peregrino en tierras españolas, os repite: España, siguiendo un pasado de valiente evangelización: ¡sé también hoy testigo de Jesucristo resucitado!

2. Saludo con afecto a todo el pueblo de Dios venido desde las distintas regiones del País, y aquí reunido para participar en esta solemne celebración. Un respetuoso y deferente saludo dirijo a Sus Majestades los Reyes de España y a la Familia Real. Agradezco cordialmente las amables palabras del Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid. Saludo a los Cardenales y Obispos españoles, a los sacerdotes y a las personas consagradas; saludo también con afecto a los miembros de los Institutos relacionados con los nuevos santos.

Agradezco particularmente la presencia aquí de las Autoridades civiles y sobre todo la colaboración que han prestado para los distintos actos de esta visita.

3. Los nuevos santos se presentan hoy ante nosotros como verdaderos discípulos del Señor y testigos de su Resurrección.

San Pedro Poveda, captando la importancia de la función social de la educación, realizó una importante tarea humanitaria y educativa entre los marginados y carentes de recursos. Fue maestro de oración, pedagogo de la vida cristiana y de las relaciones entre la fe y la ciencia, convencido de que los cristianos debían aportar valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más justo y solidario. Culminó su existencia con la corona del martirio.

San José María Rubio vivió su sacerdocio, primero como diocesano y después como jesuita, con una entrega total al apostolado de la Palabra y de los sacramentos, dedicando largas horas al confesionario y dirigiendo numerosas tandas de ejercicios espirituales en las que formó a muchos cristianos que luego morirían mártires durante la persecución religiosa en España. “Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace” era su lema.

4. Santa Genoveva Torres fue instrumento de la ternura de Dios hacia las personas solas y necesitadas de amor, de consuelo y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu. La nota característica que impulsaba su espiritualidad era la adoración reparadora a

la Eucaristía, fundamento desde el que desplegaba un apostolado lleno de humildad y sencillez, de abnegación y caridad.

Semejante amor y sensibilidad hacia los pobres llevó a Santa Angela de la Cruz a fundar su «Compañía de la Cruz», con una dimensión caritativa y social a favor de los más necesitados y con un impacto enorme en la Iglesia y en la sociedad sevillanas de su época. Su nota distintiva era la naturalidad y la sencillez, buscando la santidad con un espíritu de mortificación, al servicio de Dios en los hermanos.

Santa Maravillas de Jesús vivió animada por una fe heroica, plasmada en la respuesta a una vocación austera, poniendo a Dios como centro de su existencia. Superadas las tristes circunstancias de la Guerra Civil española, realizó nuevas fundaciones de la Orden del Carmelo presididas por el espíritu característico de la reforma teresiana. Su vida contemplativa y la clausura del monasterio no le impidieron atender a las necesidades de las personas que trataba y a promover obras sociales y caritativas a su alrededor.

5. Los nuevos Santos tienen rostros muy concretos y su historia es bien conocida. ¿Cual es su mensaje? Sus obras, que admiramos y por las que damos gracias a Dios, no se deben a sus fuerzas o a la sabiduría humana, sino a la acción misteriosa del Espíritu Santo, que ha suscitado en ellos una adhesión inquebrantable a Cristo crucificado y resucitado y el propósito de imitarlo. Queridos fieles católicos de España: ¡dejaos interpelar por estos maravillosos ejemplos!

Al dar gracias al Señor por tantos dones que ha derramado en España, os invito a pedir conmigo que en esta tierra sigan floreciendo nuevos santos. Surgirán otros frutos de santidad si las comunidades eclesiales mantienen su fidelidad al Evangelio que, según una venerable tradición, fue predicado desde los primeros tiempos del cristianismo y se ha conservado a través de los siglos.

Surgirán nuevos frutos de santidad si la familia sabe permanecer unida, como auténtico santuario del amor y de la vida. “La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español”, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (Discurso en Santiago, 9.11.1982). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad; ¡No rompáis con vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia.

6. “Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras” (Lc 24, 45). Cristo resucitado ilumina a los Apóstoles para que su anuncio pueda ser entendido y se transmita íntegro a todas las generaciones; para que el hombre oyendo crea, creyendo espere, y esperando ame (cf. S. Agustín, *De catechizandis rudibus*, 4,8). Al predicar a Jesucristo resucitado, la Iglesia desea anunciar a todos los hombres un camino de esperanza y acompañarles al encuentro con Cristo.

Celebrando esta Eucaristía, invoco sobre todos vosotros el gran don de la fidelidad a vuestros compromisos cristianos. Que os lo conceda Dios Padre por la intercesión de la Santísima Virgen - venerada en España con tantas advocaciones - y de los nuevos Santos.

REGINA COELI

Plaza de Colón, Madrid 4 de mayo de 2003

Al concluir esta celebración, en la que he canonizado a cinco nuevos Santos, quiero dar gracias a Dios que me ha permitido realizar el quinto viaje apostólico a vuestra Nación, tierra de fieles hijos de la Iglesia que ha dado tantos santos y misioneros. Mi primera visita tuvo como lema «*Testigo de la esperanza*»; y esta vez ha tenido «*Seréis mis testigos*». Recordad siempre que el distintivo de los cristianos es dar testimonio audaz y valiente de Jesucristo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

Deseo reiterar mi agradecimiento a Sus Majestades los Reyes de España y a la Familia Real aquí presente. Mi reconocimiento al Gobierno y Autoridades de la Nación por la ayuda ofrecida. Manifiesto mi particular gratitud al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid y a todos los demás Obispos de España, por su invitación y acogida, así como a todos los que han prestado un generoso servicio antes y durante mi viaje.

Saludo, además, con gran afecto a los numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas, a tantos jóvenes, familias, hombres y mujeres de buena voluntad. Me llevo el recuerdo de vuestros rostros esperanzados, que he encontrado estos días, y comprometidos con Jesucristo y su Evangelio. Sois depositarios de una rica herencia espiritual que debe ser capaz de dinamizar vuestra vitalidad cristiana, unida al gran amor a la Iglesia y al Sucesor de Pedro.

Con mis brazos abiertos os llevo a todos en mi corazón. El recuerdo de estos días se hará oración pidiendo para vosotros la paz en fraterna convivencia, alentados por la esperanza cristiana que no defrauda. Y con gran afecto os digo, como en la primera vez, *¡Hasta siempre España! ¡Hasta siempre, tierra de María!*

Gracias por vuestra presencia aquí hoy, viniendo desde todos los puntos de la geografía española. Aunque os haya costado sacrificio, ha valido la pena. La plaza de Colón se ha convertido hoy en un gran templo para acoger esta magna celebración, donde hemos rezado con devoción y se ha cantado con entusiasmo. Nos encontramos en el corazón de Madrid, cerca de grandes museos, bibliotecas y otros centros de cultura fundada en la fe cristiana, que España, parte de Europa, ha sabido luego ofrecer a la América con su evangelización y después a otras partes del mundo. El lugar evoca, pues, la vocación de los católicos españoles a ser constructores de Europa y solidarios con el resto del mundo. España evangelizada, España evangelizadora, ese es el camino.

España evangelizada y evangelizadora, ese es el camino. No descuidéis nunca esa misión que hizo noble a vuestro País en el pasado y es el reto intrépido para el futuro. Gracias a la juventud española, que ayer vino tan numerosa para demostrar a la moderna sociedad que se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo. Ellos son la gran esperanza del futuro de España y de la Europa cristiana. El futuro les pertenece... Adiós España!

Crónica de estos días.

JUAN PABLO II, UN HOMBRE LIBRE

Luis Quinteiro Fiuza,

Obispo de Ourense

Publicado en La Región el 3 de abril de 2005

Acaba de morir un hombre especial. La trayectoria vital del Papa Juan Pablo II es de una riqueza tan extraordinaria que tendrán que pasar años para que podamos descubrir los resortes decisivos de una personalidad tan arrolladora. Cada tramo de su dilatada biografía contiene peripecias vitales que nunca nos dejarán de asombrar al ver como Dios va tejiendo el entramado existencial de sus escogidos. Por mucho que ahora nos esforzásemos en enhebrar el argumento conductor de una existencia tan contundente, nos encontraríamos con un número demasiado elevado de variantes que hartan inservibles nuestros cálculos.

Cuando queremos acercarnos a sus veintiséis largos años de Pontificado caemos en la cuenta de la inmensidad de la tarea apostólica realizada, así como del ingente y decisivo Magisterio Eclesial que lega a la posteridad

He tenido la oportunidad personal de poder vivir en Roma los primeros años del largo Pontificado de Juan Pablo II, Conozco, desde mi modesta condición de estudiante, el revulsivo que aquel Papa venido de lejos supuso en las formas vaticanas y en los modos de entender la vida pastoral de muchos hombres de Iglesia. Nunca olvidaré una plomiza tarde del otoño romano en la que el profesor P. Lotz amigo personal del nuevo Papa, llegó a clase y nos dijo: «Hace unos días que he sido recibido en audiencia por el Santo Padre y me dijo que es necesario hacer filosofía del diálogo».

Pero el Papa Juan Pablo II no sólo trajo formas nuevas a la Cátedra de San Pedro, sino que vio decidido a dar un impulso decisivo a la aplicación del Concilio Vaticano II algunas de cuyos textos más sólidos tenían el sello de su pensamiento. Tengo la firme convicción de que el Papa Juan Pablo II nos acompañará largo tiempo no sólo en el recuerdo sino también desde la atalaya de su Magisterio. Lo que resulta evidente es que Juan Pablo II ha conmocionado al mundo. Las razones nunca nadie nos la podrá explicar plenamente.

Permítanme que les confiese que de la vida y de la personalidad del Papa Juan Pablo II, hay algo que siempre me impresiona definitivamente. Fue su libertad. Juan Pablo II fue ante todo un hombre libre. Libre frente a sí mismo, libre frente a sus miedos y libre, lo más difícil a mí entender, frente a toda visión acomodaticia de la vida, Comprendió, tal vez en uno de esos momentos difíciles de su vida, que la única fidelidad definitiva es la del amor de Dios. Y entonces su vida cambió radicalmente y desde ese momento su plena entrega a Dios y a los hombres caminará pareja con su propia plenitud humana y espiritual. Por eso cuando los jóvenes, sus jóvenes, le

cantaban: «Juan Pablo II te quiere todo el mando», él se sentía feliz y entre ellos se establecía una empatía difícil de explicar en parámetros de pura psicología social.

Hemos de reconocer que la gran plaga humana son nuestros miedos. Miedos irracionales en la mayoría de los casos, pero que, más veces de las que quisiéramos, lastran seriamente nuestras vidas. Con el correr de los años y con duro esfuerzo y mucha ayuda vamos superando muchos de esos miedos. Podemos llegar a enfrentarnos serenos con la enfermedad, podemos incluso integrar en el proyecto de nuestra vida la muerte, pero hay miedos más sutiles que nos impiden ser nosotros mismos y que son bien difíciles de superar: Tienen raíces muy profundas y responden mal a los métodos terapéuticos.

Personalmente pienso que uno de los grandes atractivos de la personalidad de Juan Pablo II es que le fue concedida la gracia de vivir una experiencia profundísima del amor misericordioso de Dios. Y desde esa experiencia fundante y plenificadora tuvo el coraje de situarse más allá del miedo pusilánime al qué dirán. Y esas personas libres y buenas son las que nos rescatan de nuestra mediocridad.

JUAN PABLO II Y LOS JÓVENES

Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

*Publicado en La Voz de Galicia
6 de abril de 2005*

Que Juan Pablo II tuvo la capacidad de conectar con los jóvenes como nadie es una realidad que todos admiten. Las Jornadas Mundiales de la Juventud quedarán para siempre ligadas al carisma de un Papa que supo ganarse el corazón de millones de jóvenes con la propuesta clara y sin rodeos de los ideales cristianos.

Los llamados jóvenes del Papa son gente normal de su tiempo, con las inquietudes e ilusiones de las personas de su edad. Resulta profundamente atrayente su modo de expresarse porque en sus manifestaciones reconocemos a la juventud sincera y generosa de nuestro tiempo.

La profunda empatía de Juan Pablo II con los jóvenes es algo tan real como complejo. Sobre esta singular dimensión de la vida apostólica del Papa que acaba de morirnos deberán volver sus reflexiones los grandes analistas de vida social.

Más allá de toda pretensión de análisis, lo que hoy quiero contarles son algunas experiencias de Juan Pablo II con los jóvenes que he tenido la gracia de compartir y que han dejado en mi vida un huella imborrable.

En el año 1989 tuvo lugar en Santiago de Compostela la IV Jornada Mundial de la Juventud. Una Jornada que dejará para siempre un recuerdo imborrable en Juan Pablo II, una Jornada decisiva en la configuración de los futuros encuentros del Papa

con los jóvenes y una Jornada que marca un antes y un después de la espiritualidad jacobea en nuestro tiempo.

Juan Pablo II llegó a la Catedral compostelana caminando con los atributos del peregrino. Aquella imagen ya nunca la olvidaremos. Ni la olvidaron los más de quinientos mil jóvenes presentes entonces en Santiago ni tampoco los millones de peregrinos que inundaron Compostela desde entonces.

En el año 2000 asistí como obispo auxiliar de Santiago a la Jornada Mundial de la Juventud que se celebró en Roma. Dos millones de jóvenes de todo el mundo, en pleno mes de agosto romano, acudieron a la llamada del Papa.

Jamás se borrará de mi retina la llegada de Juan Pablo II a Tor Vergata donde le esperábamos junto a más de dos millones de jóvenes. Eran las siete y media de la tarde y el termómetro marcaba treinta y cinco grados. El rostro del Papa reflejaba un profundo cansancio y todos sentimos una cierta preocupación.

Los jóvenes, achicharrados por el calor de un día infernal, lejos de venirse abajo, recibieron al Papa como sólo ellos saben hacerlo. Sus cánticos y sus piropos no tardaron en levantar el ánimo de Papa al nivel de sus mejores días. Luego ya entramos todos en una noche mágica en la que Juan Pablo II hizo tal derroche de facultades en una Vigilia de Oración que siempre recordaré como uno de mis momentos más dichosos.

Eran ya las doce y media de la noche y ni el Papa quería dejar a los jóvenes ni los jóvenes querían separarse de su Papa.

Momentos así ha habido muchos a lo largo del Pontificado de Juan Pablo II. Por eso pasará a la Historia como el Papa que ha sabido llegar al corazón de los jóvenes.

LA RELACIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II CON OURENSE

Si hacemos un poco de memoria en nuestros recuerdos, atendemos a los datos de los medios de comunicación estos días y repasamos las innumerables páginas en Internet que dedican apartados especiales al Papa difunto Juan Pablo II, podremos darnos cuenta que entre los viajes pastorales que realizó por todo el mundo y en concreto a España, no pasó nunca por Ourense; eso es definitivo.

Pero viéndome animado por D. Manolo Rodicio y D. Jorge Estévez, he querido hacer una recopilación de datos y al mejor estilo de «periodista de investigación» (que no lo soy) realizar este artículo que sale del corazón, tanto mío como de las personas con las que he podido hablar. En él citaremos a ourensanos que han estado con el Papa y que han traído su presencia hasta nuestra ciudad y concretando todavía más... a nuestra Diócesis.

ORDENADOS POR JUAN PABLO II 1980

En el año 1980, S.S. Juan Pablo II expresó su deseo de realizar una ordenación de presbíteros en el Vaticano, concretamente en la basílica de S. Pedro. Esto se hizo extensible a todos los países del mundo donde llega la religión católica. En aquel momento el Papa contaba con menos de 2 años de papado y una edad de 60 años.

En la Diócesis de Ourense se recibió esta invitación y los formadores del Seminario la hicieron llegar a los diáconos de aquel curso, que recibirían la orden del presbiterado.

El grupo quedó formado por:

- *José Ramón Cabano González*
- *Julio Rodríguez López*
- *José Ramón Jorge Janeiro*
- *Francisco Gallego Macía*

Cuatro jóvenes ourensanos que, junto a otros llegados de varios países del mundo, conformaban más de 40 diáconos que serían ordenados por Juan Pablo II el día 15 de junio de 1980.

JOSÉ RAMÓN CABANO GONZÁLEZ: *«Recuerdo la invitación que se nos hizo desde la Santa Sede, creo que fue iniciativa del Papa realizar aquella ordenación masiva que conformábamos unos 45 diáconos. Fue en el interior de la basílica de San Pedro y habían venido de muchos países como Yugoslavia o Uganda... la verdad es que ya pasó el tiempo. El recuerdo que me ha quedado es que aquello lo vivimos como un acontecimiento muy importante, que el Papa todavía era joven con 60 años y que se preocupó por cada uno de nosotros hasta el punto de que cuando nos estábamos revisitando, se acercó al grupo y nos habló uno por uno un rato, y a mí me preguntó mi procedencia. Lo recuerdo con mucho agrado.»*

JULIO RODRÍGUEZ LÓPEZ: *«Aquello fue una cosa muy importante para nosotros. Este año cumplimos nuestro 25 Aniversario de la ordenación. Sobre aquello me quedó marcada una cosa que fue que a nuestro lado se ordenaba un diácono de color, procedente de las Iglesias del Tercer Mundo; incluso desconocía lo que habitualmente usamos los sacerdotes: alba, cíngulo... y tuvimos que explicarle y ayudarlo a ponerse todo. Estos días estuve repasando un álbum que tengo con fotos, en una salimos todos los que nos ordenamos junto al Papa al lado de la Piedad de Miguel Ángel, a la entrada de la Basílica. En el pequeño rato que tuvimos oportunidad de hablar con él, le pregunté cuándo iba a venir a España. El recuerdo que me queda es que aquello fue una 'experiencia universal'. Nos regaló un rosario; creo que era su costumbre.»*

1982

Quizá por la sugerencia de D. Julio, Juan Pablo II viajó a España en el año 1982 en un maratónico recorrido por diversas ciudades de nuestro país. En ese viaje se

preparó una ordenación sacerdotal, quizá la más grande del pontificado de este Papa, en la ciudad de Valencia.

En Ourense, el obispo Temiño, quiso que nuestra diócesis quedase representada con el curso que ese año recibía las órdenes para el sacerdocio, y por ello un total de 6 diáconos ourensanos viajaron hasta esta tierra del Mediterráneo.

El día **8 de noviembre de 1982**, Juan Pablo II confirió la ordenación sacerdotal a 141 diáconos que allí se dieron cita, en la Alameda de Valencia, con asistencia a la ceremonia de alrededor de 1.200.000 fieles.

El grupo ourensano estuvo formado por:

- *Tomás Delgado Gándara*
- *Luis Pérez González*
- *César González Fernández*
- *Manuel Martínez Rodríguez*
- *Miguel Ángel González García*
- *Andrés Alfonsín Marnotes*

LUIS PÉREZ GONZÁLEZ: *«Al principio no nos animamos mucho a ir a Valencia porque siempre esperas el momento de tu ordenación en tu comunidad, con los tuyos... de una forma privada; pero monseñor Ángel Temiño quiso que fuésemos. Claro, ahora mismo piensas «fui ordenado por el Papa» y es algo muy fuerte. Me acompañó mi familia y recuerdo estar esperando y de repente, en un momento se escuchó ‘entra el Papa’ y todo fue silencio, 141 diáconos desfilábamos allí encima y mientras sonaba ‘Tú has venido a la orilla’. Se me pusieron los pelos de punta y me dije ‘esto es real, voy a ser ordenado sacerdote y por el mismo Papa’. De Juan Pablo II recuerdo verlo cansado; hacía sobre un año y medio que había sufrido el atentado y realmente se le notaba, además hacía mal tiempo aquel día y el recorrido que hizo por toda España debió ser agotador. Todos pensábamos que el Papa llegaría y cumpliría con el trámite porque, imponer las manos a 141 jóvenes diáconos nos es poca cosa; pero no, fue un momento especial en el que se iba parando con cada uno unos segundos. Luego volvimos a encontrarnos en el momento de la paz del que conservo una foto.»*

A esta ordenación sacerdotal, además de los diáconos que recibieron los ministerios, también acudieron compañeros del Seminario para acompañarlos.

1992

Otro ourensano más «tocado» por el Papa. En Roma fueron ordenados el día **14 de junio de 1992** (solemnidad de la Santísima Trinidad) 49 diáconos en la Basílica de San Pedro del Vaticano. El grupo estaba formado por 8 españoles de los cuales 7 pertenecían a la Prelatura del Opus Dei y Luis Manuel Cuña Ramos era el único Diocesano, en este caso de Ourense.

OURENSANOS CON JUAN PABLO II

No sería justo si no nombrase otros momentos de relación Papa-Ourense. Seguramente quedarán en el tintero muchos nombres, datos y anécdotas, pero éste quiere ser un pequeño homenaje de nuestra ciudad.

1982 en Santiago de Compostela: El Papa visita la tumba del Apóstol y un numeroso grupo de ourensanos viaja allí para encontrarse con el Papa.

1989 en Santiago de Compostela: Jornada Mundial de la Juventud. Yo mismo viví ese momento, hace ya 16 años. Un grupo bastante numeroso de ourensanos, en el cual la mitad eran seminaristas, viajamos caminando por la Vía de la Plata hasta la ciudad del Apóstol para encontrarnos con alrededor de 500.000 jóvenes en el «Monte do Gozo» con los cuales vivir conjuntamente esa Jornada del Papa con los jóvenes.

No me cuesta decir que recuerdo mi emoción cuando el sábado por la tarde llegó Juan Pablo II a la zona donde estábamos congregados en el Monte do Gozo y me acerqué a uno de los pasillos por el que pasaría el «papamóvil». Pasó a pocos metros, lo cual provocó en mí una reacción de emoción e incluso no pude contener las lágrimas. Vivimos el Encuentro del sábado con las canciones que Carlos Voces había compuesto para la ocasión y la coreografía de Siro López. El domingo eucaristía, donde un joven ourensano recibió la comunión de manos del Santo Padre.

2002 en Tor Vergata: Encuentro de Jóvenes. Organizado por la Delegación de Juventud de Ourense, un grupo de 100 jóvenes participaron junto a 2 millones de jóvenes de todo el mundo.

2003 en Madrid: Encuentro con el Papa. Un nutrido grupo de Ourense viajó a Madrid para estar en Cuatro Vientos y en la plaza de Colón con Juan Pablo II.

2004 en Roma: Viacrucis en el Coliseo de Roma. El papa Juan Pablo II volvió a cargar con la Cruz en la última estación del Vía Crucis en el Coliseo de Roma, entregada por una joven española que también la portó para simbolizar la pasión de Cristo y de las víctimas de los atentados del 11-M en Madrid. Esa joven fue Raquel Rivera Fernández, ourensana ahora residente en Madrid.

Así, el símbolo de los cristianos fue portado por un cardenal, por un fraile franciscano de la Custodia de Tierra Santa; una familia de la diócesis de Roma, una laica de la isla de Granada, un sacerdote estadounidense, una religiosa india y la joven española.

Fue uno de los momentos más intensos del Vía Crucis. La matanza de Madrid, que costó la vida a 191 personas e hirió a más de 1.500, volvió al pensamiento de las miles de personas que con velas ocupaban la gran explanada delante del Coliseo.

A MODO DE FINAL:

Y aunque nuestro querido Papa, al que ahora despedimos, al que le hemos gritado en más de una ocasión «Juan Pablo II, te quiere todo el mundo» y se lo gritamos también hoy para que lo escuche al lado del Padre, no haya estado en Ourense, considero personalmente que sí tenemos su presencia por medio de nuestros sacerdotes diocesanos, presencia del largo pontificado de Juan Pablo II en nuestra querida Diócesis.

Gracias por tus enseñanzas, por ser... el Papa de los jóvenes.

*Conferencia Episcopal Española**Condolencia de los obispos españoles***UN REGALO DE DIOS A LA IGLESIA Y AL MUNDO**

Al conocer la triste noticia de la muerte de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, en nombre de todos los obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española, en el de nuestros colaboradores de esta casa y en el nuestro propio, deseamos expresarle la honda pena que nos embarga y nuestros sentimientos de amor y adhesión a la Sede del Sucesor de Pedro en estos momentos de dolor para toda la Iglesia católica.

Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado, se ha hecho casi palpable la asistencia providente que el Espíritu Santo presta al pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad. Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del Señor de confirmar en la fe a sus hermanos. La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y su enfermedad. Hoy los católicos de todo el mundo, gracias a su ministerio, nos sentimos más firmes en la fe en Jesucristo, más animados por la esperanza de la Gloria y más resueltos a la caridad que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Los católicos de España nunca olvidaremos a Juan Pablo II, el primer Papa que ha venido a visitarnos y nos ha lanzado, como en los mejores tiempos, a los caminos de la santidad.

Señor cardenal, unimos nuestras oraciones a las de todos los pastores y fieles católicos dispersos por el mundo, para agradecer al Padre de las misericordias la vida y el servicio de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Encomendamos al Señor al siervo bueno y fiel. Él sabrá premiarle como sólo Él puede hacerlo. La Madre del Redentor, a la que tanto quiso y de la que tanto y tan hermosamente habló y enseñó en este mundo, le habrá conducido ya al abrazo eterno de su Hijo.

No queremos dejar de decirle, señor cardenal, que confiamos plenamente en que Jesucristo, vivo en su Iglesia, seguirá pastoreando a su pueblo, por medio de otro pastor según su corazón, como lo ha hecho por medio de los grandes Papas del siglo XX y, en particular, por medio de nuestro muy querido Juan Pablo II.

De Vuestra Eminencia afectísimos en el Señor,

+ Ricardo Blázquez Pérez
Juan Antonio Martínez Camino

MENSAJE TRAS LA MUERTE DEL PAPA JUAN PABLO II

*Mensaje del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española
Madrid, 11 de abril de 2005*

Todos los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, junto con otros muchos hermanos en el episcopado de nuestra Conferencia y del mundo entero, hemos asistido en Roma a los funerales por Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Nos hemos unido así al dolor y a la esperanza de la Iglesia y de la Humanidad, que se hicieron presentes en la Plaza de San Pedro de un modo nunca visto hasta ahora a través de numerosísimas representaciones oficiales y de millones de peregrinos, sobre todo jóvenes. Hemos vuelto humanamente impresionados y espiritualmente confortados; con el alma llena de gratitud a Dios por el inmenso regalo que han sido la persona y el servicio de Juan Pablo II.

El Papa ha muerto con fama de santo. En los últimos meses de su vida hemos visto cómo el hombre que había comenzado su pontificado con una vitalidad extraordinaria había ido perdiendo las fuerzas físicas y cómo el pregonero universal del Evangelio se había quedado incluso sin aquella voz fuerte y bella con la que durante años había hecho resonar por todo el mundo las palabras mismas de Jesucristo: “¡No tengáis miedo!”. Juan Pablo II murió anunciando el Evangelio de la Vida con la elocuencia suprema de la propia vida entregada hasta su último aliento al Señor y a su Iglesia. Fue su último gran servicio a la Humanidad. Fue la última verificación de su fama de hombre de Dios.

A lo largo de sus veintiséis años de ministerio, Juan Pablo II desplegó una actividad apostólica inmensa. Su testamento espiritual nos confirma que centró su misión en lo que constituye el corazón de la obra evangelizadora de la Iglesia: el anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para la salvación de todos. El Gran Jubileo de la Encarnación, en el año 2000, constituyó la ocasión providencial que orientó el ministerio del Papa en este sentido. Al mismo tiempo, Juan Pablo II llevó adelante con múltiples iniciativas y hondo discernimiento la aplicación del Concilio Vaticano II, acontecimiento eclesial que él entendía como “un nuevo adviento” que propiciaría una renovada presencia viva de Cristo, Luz de los pueblos. Sus cinco visitas apostólicas a España han supuesto para nuestras Iglesias un impulso decisivo en la verdadera renovación conciliar. España evangelizada podrá ser así también evangelizadora, como el Papa deseaba.

Al proclamar tantos santos y beatos, muchos de ellos contemporáneos y compatriotas nuestros, entre ellos, significativamente tantos mártires del siglo XX de todas partes del mundo, Juan Pablo II nos ha recordado a obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos que la santidad es posible para todos y que es necesario aspirar a ella con determinación por los distintos caminos de seguimiento del Señor en

fidelidad a las diversas vocaciones y misiones que enriquecen a la Iglesia. El mundo necesita santos. Podemos decir que lo hemos visto estos días de manera especial. Recogemos el desafío y la invitación que para todos supone la palabra y la vida de Juan Pablo II. Descanse en paz.

A la intercesión de María, la Madre del Redentor, que permanecía en oración con los apóstoles tras la resurrección del Señor, encomendamos a la Iglesia en estos momentos y, en particular, la elección del nuevo Papa. Bajo su protección materna, miramos con confianza al futuro.

**HOMILÍA DEL FUNERAL DE ESTADO POR S.S. JUAN PABLO II,
PRESIDIDA POR EL EMMO. CARDENAL D. ANTONIO M.^a ROUCO
VARELA, CONCELEBRADO POR NUMEROSOS OBISPOS DE LAS
DIOCESIS ESPAÑOLAS, Y CON LA ASISTENCIA DE SS. MM. LOS
REYES DE ESPAÑA, LOS PRÍNCIPES DE ASTURIAS, EL
PRESIDENTE DEL GOBIERNO Y AUTORIDADES DEL ESTADO.**

“Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero” (Jn 21,17)

Madrid (Explanada de La Almudena), 11.IV.05; 20'00 horas
(He 10,34-43; Fip 3,20-21; Sal 22, 1-3.4.5.6; Jn 21, 15-19)

Majestades

Altezas

Excelentísimos Señores y Señoras

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

La Iglesia de Cristo ha vivido intensas horas de conmoción espiritual con motivo de la muerte de nuestro amadísimo Papa Juan Pablo II. Todos somos conscientes de que la página del Evangelio que hemos proclamado se ha actualizado en la vida y en la muerte del sucesor de Pedro a quien recibimos el 18 de Octubre de 1978 como regalo de la Providencia y que nos ha conducido hasta esta hora trascendental del paso de un milenio a otro. La biografía espiritual del Papa Juan Pablo II se ha escrito sobre la pauta de la vocación de Pedro a orillas del mar de Galilea, símbolo de ese otro mar inmenso, que es el mundo, donde el Papa ha introducido la barca de la Iglesia en el tercer milenio con toda la confianza puesta en el Señor de la Historia: “Duc in altum”, nos ha dicho con las mismas palabras de Cristo.

Este buen Pastor, en el que hemos contemplado con luminosa transparencia los rasgos del mismo Cristo, ha cruzado ya el mar de este mundo para llegar a la orilla de la eternidad adonde el Resucitado le ha llamado con el último “sígueme”. “Deseo seguirle -ha dejado escrito en su testamento pensando en su muerte- y deseo que todo lo que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento”. ¡Qué glorioso habrá sido el encuentro con su Señor de este humilde y valiente servidor del Evangelio que ha gustado hasta el fin de su vida el cáliz de los padecimientos de Cristo! ¡Qué grande la gloria de este Papa a quien la Iglesia entera le debe haber sido confirmada en la fe cristiana con la frescura del primer anuncio del Evangelio! Hoy, nuestra Iglesia de Madrid, a la que se unen otros obispos de España, con la cooperación de la Conferencia Episcopal Española, y en la que participan Sus Majestades los Reyes de España, el Sr. Presidente de Gobierno y los representantes de las más altas instancias del Estado, de la Comunidad Autónoma y del Ayuntamiento de Madrid, ofrece el sacrificio de Cristo por el Santo Padre para que participe ya eternamente de la gloria del Resucitado, y expresa el más profundo agradecimiento por su ministerio de Pastor universal y por el afecto paternal que mostró siempre al pueblo de España.

1. “¿Me amas más que éstos?”

Al ser elegido para el supremo pontificado, el cardenal arzobispo de Cracovia escuchó de labios de Cristo la pregunta sobre el amor, antes de recibir en plenitud el “officium amoris” (San Agustín): “¿Me amas más que éstos?”. Preparado a lo largo de su vida para escuchar y responder a esta pregunta, Juan Pablo II respondió, en la obediencia de la fe y confiado en Jesucristo Salvador y en su Madre Santísima, con toda generosidad: “Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Al término de su pontificado toda la Iglesia, y los hombres de buena voluntad, hemos sido testigos de que el Papa ha amado a Cristo sin reservas hasta identificarse totalmente con Él. Ése, y no otro, ha sido el secreto de su fecundo pontificado. Su historia ha sido la de “un amor” apasionado a Cristo, a quien ha seguido sin reservas, con una disponibilidad y obediencia heroicas en la entrega diaria y crucificada de su vida hasta los últimos momentos de su crudelísima enfermedad. El Papa se ha dejado ceñir por Cristo que le ha llevado a la cumbre del abandono total de sí mismo, a la cruz, de donde no se ha querido bajar para revelarnos así el amor de Cristo por su pueblo “hasta el fin, hasta la consumación” (Cf. Jn 13). Cuando hoy la Iglesia, y los jóvenes de modo especial, le aclaman como a un santo, es porque han visto en su entrega a la Iglesia y a la humanidad el amor del Buen Pastor que, como Cristo, ha dado la vida por su rebaño, según el mandato de Cristo: “Apacienta mis ovejas”.

Juan Pablo II ha apacentado el rebaño del Señor de una forma directa e inmediata, visitando a las Iglesias y comunidades cristianas, por pequeñas que fueran, para conocer su realidad concreta. Dándose así, ha hecho que el mundo en general comprenda y valore el verdadero sentido del ministerio de Pedro que, por voluntad de Cristo, ha sido instituido para que la Iglesia aparezca como la casa de la salvación.

Por ello, son muchos los que, sin pertenecer a la Iglesia de Cristo, se han sentido pastoreados y apacentados por este Vicario del Señor en la tierra cuya ansia evangelizadora ha marcado su pontificado. Es esta entrega a su ministerio lo que ha renovado dentro de la misma Iglesia la gozosa certeza de que Cristo vive en Pedro, y de que Pedro hace visible, cercano y tangible al mismo Cristo. ¡Gracias, Santo Padre, por habernos mostrado a Cristo, Supremo Pastor!

2. El “solemne testimonio” de la fe

En su largo ministerio como Pastor universal, Juan Pablo II no ha dejado de dar solemne testimonio del señorío de Cristo, que ahuyenta de la conciencia de los cristianos toda sombra de miedo. El Papa nos ha enseñado a confesar con gozo nuestra fe, y ha recuperado para la Iglesia entera la convicción de que la fe es nuestra victoria. Como sucesor de Pedro ha sido el testigo cualificado de la fe en Cristo muerto y Resucitado en quien obtenemos el perdón de los pecados, como dice la segunda lectura. Este solemne testimonio le ha llevado, como pastor infatigable, a todas las partes del mundo para confirmar en la fe a sus hermanos y para anunciar a todos los hombres que Cristo ama a los hombres sin acepción de personas, es el único Salvador del mundo, Aquél que nos ofrece el sentido último de la vida y de la muerte. Juan Pablo II no se ha predicado a sí mismo, sino a Cristo, y a éste crucificado. Y lo ha hecho con la palabra de la verdad y con el testimonio de su propia vida, conformada según la imagen del Buen Pastor. Ha cumplido este ministerio de modo tan ejemplar que, ya desde el inicio de su pontificado, víctima de un terrible atentado terrorista, fue marcado martirialmente con la cruz de Cristo, la cruz que ha sido su apoyo, su fuerza y su consuelo.

Hasta el último momento de su vida Juan Pablo II ha querido dar solemne testimonio de la fe en Cristo muerto y resucitado invitando a la Iglesia a vivir con la mirada puesta en la patria definitiva del cielo, de donde aguardamos un Salvador. Al final de su vida, la imagen de su naturaleza desgastada dejaba traslucir sin embargo la energía y el poder de la Resurrección con que Cristo se someterá a Sí todo lo creado. “El transformará, dice san Pablo, nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso”. Esta certeza del poder de Cristo, de su Cruz gloriosa y de su Resurrección, ha animado la vida entera del Santo Padre hasta llegar al momento mismo de su muerte en el que, abandonado a la Divina Misericordia, ha consumado su carrera con las palabras de Cristo en la cruz, con que acaba su testamento: “In Manus tuas, Domine, commendo spiritum meum”. El solemne testimonio de la fe ha sido rubricado con la entrega de su vida al Señor, consumando así el amor confesado a Jesucristo: “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”.

3. El amor a España

España, de modo especial, ha sido testigo de este amor del Buen Pastor. No nos ha faltado su cuidado. Con toda verdad hemos podido decir en los años de Juan Pablo II: “El Señor es mi pastor, nada me falta... aunque camine por cañadas oscuras, nada temo,

porque tú vas conmigo”. En los cinco viajes pastorales a nuestra patria, siempre luminosos, ha encendido, reavivado y fortalecido nuestra esperanza, ayudándonos, con su magisterio y el testimonio de su vida, a vivir nuestra fe sin miedos ni complejos como respuesta a los problemas de la sociedad. En su última visita, en Mayo de 2003, de imborrable recuerdo por el esfuerzo personal que hubo de hacer dadas sus condiciones de salud, en una despedida con sabor de último testamento, nos urgía a vivir nuestra identidad. Merece la pena recordar el párrafo entero de su Homilía en la Plaza de Colón en la que se refería a ello, con el trasfondo de los cinco Santos españoles contemporáneos que acababa de canonizar: “Surgirán nuevos frutos de santidad -en España- si la familia sabe permanecer unida, como auténtico santuario del amor y de la vida. ‘La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español’, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (Discurso en Santiago, 9.11.1982). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad. ¡No rompáis con vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia.” (4 de Mayo de 2003).

El Papa nos ha invitado a ser testigos de Jesucristo, luchando contra la fascinación de las ideologías materialistas que atacan directamente a la dignidad de la persona. El Papa que se forjó en la lucha contra el humanismo ateo contemporáneo, que padeció en su propia carne los terribles años del Nacionalsocialismo y el Comunismo, en su patria y en toda la Europa arrasada por la Guerra, el que conoció en directo la inconcebible tragedia de la “Shoah”, ha sido entre nosotros un testigo veraz de Dios, un defensor del hombre y de sus derechos nacidos de su condición de hijo de Dios. Este Papa, místico adorador de Dios y maestro de profunda oración, ha sido al mismo tiempo el abanderado del hombre, en su condición histórica, concreta, que es para la Iglesia el camino por el que debe llevar adelante su misión, como dijera en su encíclica programática del Pontificado. Por eso hoy le lloran los hombres agradecidos que han encontrado en él una voz de indiscutible autoridad moral, siempre valiente, que ha sabido fundamentar los derechos inalienables de la persona en su nivel más radical: el de la trascendencia de Dios; y que ha propagado sin desfallecer la cultura de la vida, basada en el respeto incondicional al plan de Dios sobre el matrimonio y la familia y en el amor solidario a los más débiles y pobres de nuestra sociedad. Por eso le lloran y le aclaman los jóvenes, a quienes ha invitado siempre a la santidad y a una vida de virtudes, en la escuela de María, para ser los constructores de una nueva civilización del amor, la única que puede seducir y comprometer a las nuevas generaciones. Es en la escuela de María donde los jóvenes podrán conocer, contemplar y tratar a Jesucristo en la experiencia de la vida interior. Así responderán generosamente a la vocación de Dios, en el sacerdocio, en la vida consagrada, en el matrimonio y la familia y en el compromiso del seglar cristiano en las tareas de la nueva evangelización. ¡Queridos jóvenes, no olvidéis este legado del Papa! ¡Acogedlo como su último testamento en nuestra patria! ¡Responded con fidelidad a quien tanto os ha amado!

Su ¡adiós! a nosotros y a vosotros, se expresó con un: “¡Hasta siempre España! ¡Hasta siempre, tierra de María!”.

4. “*Totus tuus*”

En su testamento espiritual Juan Pablo II pone su vida entera en manos de la Virgen, a quien se consagró totalmente con su lema *Totus tuus*. Como hizo Cristo en la cruz, también él ha querido, al salir de este mundo, dejarnos en manos de María: “En estas mismas manos maternas dejo todo y a todos aquellos con los que me ha unido mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, así como a mi nación y a toda la humanidad”. También nosotros queremos colocar en manos de María a nuestro amado Juan Pablo II. Lo hacemos en esta Catedral dedicada por él, cuyo recuerdo permanecerá imborrable como signo de su pastoreo universal y de su afán evangelizador. A Ella, Madre de Cristo y de la Iglesia, encomendamos a su hijo el Papa Juan Pablo II y le rogamos con todo el afecto de nuestro corazón:

“Madre, Virgen de La Almudena, acoge a quien te consagró toda su vida y su ministerio con amor filial lleno de ternura; preséntalo a tu Hijo, a quien amó y sirvió con la entrega total de su vida hasta el último aliento; colócalo junto a Él para que, en la compañía de todos los santos, goce para siempre de la luz que iluminó su vida en la tierra y cante eternamente las misericordias del Señor. Y a nosotros danos la alegría de vivir siempre en la fe que él conservó, transmitió y vivió como el Pastor bueno que tu Hijo quiso concedernos en esta hora magnífica de la Iglesia”.

Amén.

SANTA SEDE**CELEBRACION EUCARÍSTICA EN SUFRAGIO DE SU SANTIDAD
JUAN PABLO II****HOMILIA DEL CARD. ANGELO SODANO**

*Solemnidad de la Divina Misericordia
II Domingo de Pascua, 3 abril 2005*

*¡Venerables Concelebrantes!
¡Distinguidas Autoridades!
¡Hermanos y Hermanas en el Señor!*

El canto del Aleluya resuena hoy más solemnemente que nunca.

Es el segundo domingo de Pascua. Es el domingo «in albis», la fiesta de los vestidos blancos de nuestro bautismo. Es el domingo de la Divina Misericordia, como cantamos en el Salmo 117: «Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...».

Es verdad. Nuestro espíritu está sacudido por un hecho doloroso: nuestro padre y pastor, Juan Pablo II, nos ha dejado. Sin embargo, durante más de veinte años siempre nos invitó a mirar a Cristo, única razón de nuestra esperanza.

Durante más de 26 años, ha llevado a todas las plazas del mundo el Evangelio de la esperanza cristiana, enseñando a todos que nuestra muerte no es más que un paso hacia la patria del cielo.

Allí está nuestro destino eterno, donde nos espera Dios, nuestro Padre.

El dolor del cristiano se transforma inmediatamente en una actitud de profunda serenidad. Ésta nos viene de la fe en Aquél que dijo: «Yo soy la resurrección El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Cf. Juan 11,25-26).

Ciertamente el afecto por las personas queridas nos lleva a derramar lágrimas de dolor, en el momento de la separación, pero sigue siendo actual el llamamiento que ya dirigía el apóstol Pablo a los cristianos de Tesalónica, cuando les invitaba a no entristecerse «como quienes no tienen esperanza», «sicut coeteri, qui spem non habent» (1 Tesalonicenses 4, 13).

Hermanos, la fe nos invita a alzar la cabeza y a mirar lejos, ¡a mirar hacia lo alto! De este modo, mientras hoy lloramos el hecho de que el Papa nos ha dejado, abramos el corazón a la visión de nuestro destino eterno.

En las misas por los difuntos, hay una bella frase del prefacio: «no se nos quita la vida, se transforma», «vita mutatur, non tollitur». Y, ¡al destruirse la morada terrena, se construye otra en el cielo!

Se explica así la alegría del cristiano en todo momento de la propia vida. Sabe que, por más pecador que sea, a su lado siempre está la misericordia de Dios Padre que le espera. Este es el sentido de la fiesta de la Divina Misericordia de este día, instituida

precisamente por el difunto Papa Juan Pablo II para subrayar este aspecto tan consolador del misterio cristiano.

En este Domingo sería conmovedor releer una de sus encíclicas más bellas, la «Dives in misericordia», que nos ofreció ya en 1980, en el tercer año de su pontificado. Entonces el Papa nos invitaba a contemplar al «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación» (Cf. 2 Corintios 1,3-4).

En la misma encíclica, Juan Pablo II nos invitaba a mirar a María, la Madre de la Misericordia, que durante la visita a Isabel, alababa al Señor exclamando: «su misericordia se extiende de generación en generación» (Cf. Lucas 1, 50).

Nuestro querido Papa también hizo un llamamiento después a la Iglesia a ser casa de la misericordia para acoger a todos aquellos que tienen necesidad de ayuda, de perdón y de amor. Cuántas veces repitió el Papa en estos 26 años que las relaciones mutuas entre los hombres y los pueblos no se pueden basar sólo en la justicia, sino que tienen que ser perfeccionadas por el amor misericordioso, que es típico del mensaje cristiano.

Juan Pablo II, o más bien, Juan Pablo II el Grande, se convierte así en el heraldo de la civilización del amor, viendo en este término una de las definiciones más bellas de la «civilización cristiana». Sí, la civilización cristiana es civilización del amor, diferenciándose radicalmente de esas civilizaciones del odio que fueron propuestas por el nazismo y el comunismo.

En la vigilia del Domingo de la Divina Misericordia pasó el Ángel del Señor por el Palacio Apostólico Vaticano y le dijo a su siervo bueno y fiel: «entra en el gozo de tu Señor» (Cf. Mateo 25, 21). Que desde el cielo vele siempre por nosotros y nos ayude a «cruzar el umbral de la esperanza» del que tanto nos había hablado.

Que este mensaje suyo permanezca siempre grabado en el corazón de los hombres de hoy. A todos, Juan Pablo II les repite una vez más las palabras de Cristo: «El Hijo del Hombre no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Cf. Juan 3, 17).

Juan Pablo II difundió en el mundo este Evangelio de salvación, invitando a toda la Iglesia a agacharse ante el hombre de hoy para abrazarle y levantarlo con amor redentor. ¡Recojamos el mensaje de quien nos ha dejado y fructifiquémoslo para la salvación del mundo!

Y a nuestro inolvidable padre, nosotros le decimos con las palabras de la Liturgia: «¡Que los ángeles te lleven al paraíso!», «In Paradisum deducant te Angeli»! Que un coro festivo te acoja y te conduzca a la Ciudad Santa, la Jerusalén celestial, para que tengas un descanso eterno.

¡Amén!

HOMILÍA DE LA MISA DE EXEQUIAS POR JUAN PABLO II, LEÍDA POR EL CARDENAL RATZINGER, DECANO DEL COLE- GIO CARDENALICIO.

Viernes 8 de abril de 2005

«Sígueme», dice el Señor resucitado a Pedro, como su última palabra a este discípulo elegido para apacentar a sus ovejas. «Sígueme», esta palabra lapidaria de Cristo puede considerarse la llave para comprender el mensaje que viene de la vida de nuestro llorado y amado Papa Juan Pablo II, cuyos restos mortales depositamos hoy en la tierra como semilla de inmortalidad, con el corazón lleno de tristeza pero también de gozosa esperanza y de profunda gratitud».

«Estos son nuestros sentimientos y nuestro ánimo. Hermanos y hermanas en Cristo, presentes en la Plaza de San Pedro, en las calles adyacentes y en otros lugares diversos de la ciudad de Roma, poblada en estos días de una inmensa multitud silenciosa y orante. Saludo a todos cordialmente. También en nombre del colegio de cardenales saludo con deferencia a los jefes de Estado, de gobierno y a las delegaciones de los diversos países. Saludo a las autoridades y a los representantes de las Iglesias y comunidades cristianas, al igual que a los de las diversas religiones. Saludo a los arzobispos, a los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, llegados de todos los continentes; de forma especial a los jóvenes que Juan Pablo II amaba definir el futuro y la esperanza de la Iglesia. Mi saludo llega también a todos los que en cualquier lugar del mundo están unidos a nosotros a través de la radio y la televisión, en esta participación coral al rito solemne de despedida del amado pontífice».

«Sígueme». Cuando era un joven estudiante, Karol Wojtyła era un entusiasta de la literatura, del teatro, de la poesía. Trabajando en una fábrica química, circundado y amenazado por el terror nazi, escuchó la voz del Señor: ¡Sígueme! En este contexto tan particular comenzó a leer libros de filosofía y de teología, entró después en el seminario clandestino creado por el cardenal Sapieha y después de la guerra pudo completar sus estudios en la facultad teológica de la Universidad Jagellónica de Cracovia. Tantas veces en sus cartas a los sacerdotes y en sus libros autobiográficos nos habló de su sacerdocio, al que fue ordenado el 1 de noviembre de 1946. En esos textos interpreta su sacerdocio, en particular a partir de tres palabras del Señor. En primer lugar esta: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro permanezca». La segunda palabra es: «El buen pastor da la vida por sus ovejas». Y finalmente: «Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced

en mi amor». En estas palabras vemos el alma entera de nuestro Santo Padre. Realmente ha ido a todos los lugares, incansablemente, para llevar fruto, un fruto que permanece. «Levantaos, vamos», es el título de su penúltimo libro. «Levantaos, vamos». Con esas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y hoy. «Levantaos, vamos», nos dice hoy también a nosotros. El Santo Padre fue además sacerdote hasta el final porque ofreció su vida a Dios por sus ovejas y por la entera familia humana, en una entrega cotidiana al servicio de la Iglesia y sobre todo en las duras pruebas de los últimos meses. Así se ha convertido en una sola cosa con Cristo, el buen pastor que ama sus ovejas. Y, en fin, «permaneced en mi amor»: el Papa, que buscó el encuentro con todos, que tuvo una capacidad de perdón y de apertura de corazón para todos, nos dice hoy también con estas palabras del Señor: «Habitando en el amor de Cristo, aprendemos, en la escuela de Cristo, el arte del amor verdadero».

«Sígueme». En julio de 1958 comienza para el joven sacerdote Karol Wojtyla una nueva etapa en el camino con el Señor y tras el Señor. Karol fue, como era habitual, con un grupo de jóvenes apasionados de canoa a los lagos Masuri para pasar unas vacaciones juntos. Pero llevaba consigo una carta que lo invitaba a presentarse al primado de Polonia, el cardenal Wyszynski y podía adivinar solamente el motivo del encuentro: su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. Dejar la enseñanza universitaria, dejar esta comunión estimulante con los jóvenes, dejar la gran liza intelectual para conocer e interpretar el misterio de la criatura humana, para hacer presente en el mundo de hoy la interpretación cristiana de nuestro ser, todo aquello debía parecerle como un perderse a sí mismo, perder aquello que constituía la identidad humana de ese joven sacerdote. Sígueme, Karol Wojtyla aceptó, escuchando en la llamada de la Iglesia la voz de Cristo. Y así se dio cuenta de cuanto es verdadera la palabra del Señor: «Quien pretenda guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará viva». Nuestro Papa -todos lo sabemos- no quiso nunca salvar su propia vida, tenerla para sí; quiso entregarse sin reservas, hasta el último momento, por Cristo y por nosotros. De esa forma pudo experimentar cómo todo lo que había puesto en manos del Señor retornaba en un nuevo modo: el amor a la palabra, a la poesía, a las letras fue una parte esencial de su misión pastoral y dio frescura nueva, actualidad nueva, atracción nueva al anuncio del Evangelio, también precisamente cuando éste es signo de contradicción».

«Sígueme». En octubre de 1978 el cardenal Wojtyla escucha de nuevo la voz del Señor. Se renueva el diálogo con Pedro narrado en el Evangelio de esta ceremonia: «Simón de Juan ¿me amas? Apacienta mis ovejas». A la pregunta del Señor: Karol ¿me amas?, el arzobispo de Cracovia respondió desde lo profundo de su corazón: «Señor, tu lo sabes todo: Tu sabes que te amo». El amor de Cristo fue la fuerza dominante en nuestro amado Santo Padre; quien lo ha visto rezar, quien lo ha oído predicar, lo sabe. Y así, gracias a su profundo enraizamiento en Cristo pudo llevar un peso, que supera las fuerzas puramente humanas: Ser pastor del rebaño de Cristo, de

su Iglesia universal. Este no es el momento de hablar de los diferentes aspectos de un pontificado tan rico. Quisiera leer solamente dos pasajes de la liturgia de hoy, en los que aparecen elementos centrales de su anuncio. En la primera lectura dice San Pedro -y dice el Papa con San Pedro: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier pueblo le es agradable todo el que le teme y obra la justicia. Ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciando el Evangelio de la paz por medio de Jesucristo, que es Señor de todos». Y en la segunda lectura, San Pablo -y con San Pablo nuestro Papa difunto- nos exhorta con fuerza: «Por tanto, hermanos muy queridos y añorados, mi gozo y mi corona, ¡permaneced así, queridísimos míos, firmes en el Señor!».

«¡Sígueme! Junto al mandato de apacentar su rebaño, Cristo anunció a Pedro su martirio. Con esta palabra conclusiva y que resume el diálogo sobre el amor y sobre el mandato de pastor universal, el Señor recuerda otro diálogo, que tuvo lugar en la Última Cena. En esta ocasión, Jesús dijo: «Donde yo voy, vosotros no podéis venir». Pedro dijo: «Señor, ¿dónde vas?». Le respondió Jesús: «Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde». Jesús va de la Cena a la Cruz y a la Resurrección y entra en el misterio pascual; Pedro, sin embargo, todavía no le puede seguir. Ahora -tras la Resurrección- llegó este momento, este «más tarde». Apacentando el rebaño de Cristo, Pedro entra en el misterio pascual, se dirige hacia la Cruz y la Resurrección. El Señor lo dice con estas palabras, «...cuando eras más joven... ibas adonde querías; pero cuando envejecas extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras». En el primer período de su pontificado el Santo Padre, todavía joven y repleto de fuerzas, bajo la guía de Cristo fue hasta los confines del mundo. Pero después compartió cada vez más los sufrimientos de Cristo, comprendió cada vez mejor la verdad de las palabras: «Otro te ceñirá...». Y precisamente en esta comunión con el Señor que sufre anunció el Evangelio infatigablemente y con renovada intensidad el misterio del amor hasta el fin».

«Ha interpretado para nosotros el misterio pascual como misterio de la divina misericordia. Escribe en su último libro: El límite impuesto al mal «es en definitiva la divina misericordia». Y reflexionando sobre el atentado dice: «Cristo, sufriendo por todos nosotros, ha conferido un nuevo sentido al sufrimiento; lo ha introducido en una nueva dimensión, en un nuevo orden: el del amor... Es el sufrimiento que quema y consume el mal con la llama del amor y obtiene también del pecado un multiforme florecimiento de bien». Animado por esta visión, el Papa ha sufrido y amado en comunión con Cristo, y por eso, el mensaje de su sufrimiento y de su silencio ha sido tan elocuente y fecundo».

«Divina Misericordia: El Santo Padre encontró el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. El, que había perdido a su madre cuando era muy joven, amó todavía más a la Madre de Dios. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si estuvieran dirigidas a él personalmente: «¡Aquí tienes a tu madre!». E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo

de su ser (eis ta idia: Jn 19,27)-Tous tuus. Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo».

«Ninguno de nosotros podrá olvidar como en el último domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico Vaticano y dio la bendición «Urbi et Orbi» por última vez. Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendíganos, Santo Padre. Confiamos tu querida alma a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro. Amén».

TEXTO DEL «ROGITO», ACTA EN PERGAMINO SOBRE LA VIDA DEL PAPA INTRODUCIDO EN SU ATAÚD

Leído por el arzobispo Piero Marini, maestro de las Celebraciones Pontificias.

En la luz de Cristo resucitado de los muertos, el 2 de abril del año del Señor 2005, a las 21,37 horas, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en el día del Señor, Octava de Pascua y Domingo de las Divina Misericordia, el querido pastor de la Iglesia, Juan Pablo II, pasó de este mundo al Padre. Toda la Iglesia acompañó en oración su tránsito, especialmente los jóvenes.

Juan Pablo II fue el Papa número 264. Su memoria se queda en el corazón de la Iglesia y de toda la humanidad.

Karol Wojty_a, elegido Papa el 16 de octubre de 1978, nació en Wadowice, ciudad a 50 kilómetros de Cracovia, el 18 de mayo de 1920 y fue bautizado dos días más tarde en la Iglesia parroquial por el sacerdote Francesco Zak.

A los 9 años recibió la primera Comunión y a los 18 el sacramento de la Confirmación. Al interrumpir los estudios a causa del cierre de la Universidad por parte de las fuerzas de ocupación nazis, trabajó en una cantera y, después, en la fábrica química Solvay.

A partir de 1942, sintiéndose llamado al sacerdocio, estudió en el seminario clandestino de Cracovia. El 1 de noviembre de 1946 recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Adam Sapieha. Después fue enviado a Roma, donde se licenció y doctoró en teología, con una tesis que llevaba por título «Doctrina de fide apud Sanctum Ioannem a Cruce».

Regresó después a Polonia, donde recibió algunas tareas pastorales y enseñó las sagradas disciplinas. El 4 de julio de 1958, el Papa Pío XII le nombró obispo auxiliar de Cracovia. Y Pablo VI, en 1964, le destinó a esa misma sede como arzobispo. Como tal intervino en el Concilio Vaticano II. Pablo VI le creó cardenal el 26 de junio de 1967.

En el cónclave fue elegido Papa por los cardenales, el 16 de octubre de 1978, y tomó el nombre de Juan Pablo II. El 22 de octubre, día del Señor, comenzaba solemnemente su ministerio petrino.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido uno de los más largos de la Iglesia. En este período, bajo diferentes aspectos, se ha asistido a muchos cambios. Entre los cuales, la caída de algunos regímenes, a la que él mismo contribuyó. Con el objetivo de anunciar el Evangelio realizó muchos viajes a diferentes países.

Juan Pablo II ejerció el ministerio petrino con incansable espíritu misionero, dedicando todas sus energías movido por la «sollicitudo omnium ecclesiarum» y por la caridad abierta a toda la humanidad. Más que todos sus predecesores se ha encontrado con el Pueblo de Dios y con los responsables de las naciones, en las celebraciones, en las audiencias generales y en las visitas pastorales.

Su amor por los jóvenes le llevó a comenzar las Jornadas Mundiales de la Juventud, convocando a millones de jóvenes de varias partes del mundo. Ha promovido con éxito el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándoles en ocasiones en encuentros de oración por la paz, especialmente en Asís.

Ha ampliado notablemente el Colegio de los cardenales, creando 231 (además de uno «in pectore»). Ha convocado quince asambleas del Sínodo de los Obispos, siete generales ordinarias y ocho especiales. Ha erigido numerosas diócesis y circunscripciones, en particular en el Este de Europa.

Ha reformado los Códigos de Derecho Canónico Occidental y Oriental, ha creado nuevas instituciones y reordenado la Curia Romana.

Como «sacerdos magnus» ha ejercido el ministerio litúrgico en la diócesis de Roma y en todo el orbe, en plena fidelidad al Concilio Vaticano II. Ha promovido de manera ejemplar la vida y la espiritualidad litúrgica y la oración contemplativa, especialmente la adoración eucarística y la oración del santo Rosario (Cf. carta apostólica «Rosarium Virginis Mariae»).

Bajo su guía, la Iglesia se ha acercado al tercer milenio y ha celebrado el Gran Jubileo del año 2000, según las líneas indicadas con la carta apostólica «Tertio millennio adveniente». Ésta se ha asomado después a la nueva época, recibiendo sus indicaciones en la carta apostólica «Novo millennio ineunte», en la que se mostraba a los fieles el camino del tiempo futuro.

Con el Año de la Redención, el Año Marino y el Año de la Eucaristía, ha promovido la renovación espiritual de la Iglesia. Ha dado un impulso extraordinario a las canonizaciones y beatificaciones para mostrar innumerables ejemplos de santidad de hoy, que sirvieran de aliento a los hombres de nuestro tiempo. Ha proclamado doctora de la Iglesia a santa Teresa del Niño Jesús.

El magisterio doctrinal de Juan Pablo II es muy rico. Custodió del depósito de la fe, se entregó con sabiduría y valentía para promover la doctrina católica, la teología moral y espiritual, y a enfrentarse durante todo su pontificado a las tendencias contrarias a la genuina tradición de la Iglesia.

Entre los documentos principales, se encuentran 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas, además de las catequesis propuestas en las audiencias generales y de las alocuciones pronunciadas en todas las partes del mundo. Con su enseñanza, Juan Pablo II ha confirmado e iluminado al Pueblo de Dios sobre la doctrina teológica (sobre todo en las primeras tres grandes encíclicas («Redemptor hominis», «Dives in misericordia», «Dominum et vivificantem»), antropológica y social (encíclicas «Laborem exercens», «Sollicitudo rei socialis», «Centesimus annus»), moral (encíclicas «Veritatis splendor», «Evangelium vitae»), ecuménica (encíclica «Ut unum sint»), misiológica (encíclica «Redemptoris missio»), mariológica (encíclica «Redemptoris Mater»).

Ha promulgado el Catecismo de la Iglesia Católica a la luz de la Tradición, autorizadamente interpretada por el Concilio Vaticano II. Ha publicado también algunos volúmenes como doctor privado.

Su magisterio ha culminado en la encíclica «Ecclesia de Eucharistia» y en la carta apostólica «Mane nobiscum Domine», durante el Año de la Eucaristía.

Juan Pablo II ha dejado a todos un testimonio admirable de piedad, de vida santa y de paternidad espiritual.

(Firmas de los testigos de las celebraciones de inhumación)

CORPUS IOANNIS PAULI II P.M.
VIXIT ANNOS LXXXIV MENSES X DIES XV

ECCLESIAE UNIVERSAE PRAEFUIT
ANNOS XXVI MENSES V DIES XVII

Semper in Christo vivas, Pater Sancte!

CRÓNICA DIOCESANA.

2 de abril, Sábado.

Se conoce el fallecimiento de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, en sus aposentos de la Ciudad del Vaticano.

3 de abril, Domingo.

- Nota del Obispado invitando a todos los fieles, sacerdotes y religiosos a unirse en oración por el Santo Padre.
- Instalación de una «Mesa Condolencias» en el Obispado de Ourense.
- Petición del Sr. Obispo para que se celebren Misas en sufragio por el Alma del Santo Padre en todas las parroquias de la Diócesis y en los Arciprestazgos.
- A las 9 de la noche rezo del Santo Rosario y vigilia de oración por el Santo Padre en la S. I. Catedral de Ourense, presidida por el Sr. Obispo.

4 de abril, Lunes.

Vigilia de oración en Xinzo de Limia.

5 de abril, Martes.

Vigilia de oración en el Seminario.

6 de abril, Miércoles.

Misa organizada por la Real Banda de Gaitas de la Diputación de Ourense en el Campus Universitario.

7 de abril, Jueves.

- Hora santa por el Papa en la S. I. Catedral de Ourense.
- Misa en la S. I. Catedral de Ourense.
- Misa en Celanova aplicada por el Papa.
- Vigilia de la Juventud en Ourense por el Papa Juan Pablo II en la iglesia de Santo Domingo, a las 20:30 h.

8 de abril, Viernes.

Misa funeral por el Papa en la S. I. Catedral de Ourense, a las 20 h.

9 de abril, Sábado.

- Misa funeral por el Papa en Xinzo de Limia, a las 18:30 h.
- Vigilia de oración por el Papa en Carballiño, a las 19:30 h.
- Misa funeral por el Papa en Carballiño, a las 20 h.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ
Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE
Teléfono: 988 36 61 41
Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.
Depósito Legal: OR-13/1958